



**Normas de
interpretación bíblica**

Ernesto Trenchard

Dedicatoria	6
Hermenéutica - Introducción	7
Se plantea el asunto	7
Ejercicio	9
Hermenéutica - Origen de las dificultades	10
Consideraciones generales	10
Ejercicio	12
Hermenéutica - Postulados fundamentales	13
La necesidad de unas normas	13
1. Postulado primero	14
2. Postulado segundo	14
3. Postulado tercero	14
4. Postulado cuarto	15
5. Postulado quinto	15
6. Postulado sexto	15
7. Postulado séptimo	16
8. Postulado octavo	16
Ejercicio	16
El texto	17
El examen del texto	17
1. El estado del texto original	17
2. El texto hebreo	18
3. El texto griego	18
4. El uso de las traducciones	19
5. El uso de concordancias analíticas	19
El estudiante delante de su texto	19
Ejemplos	20
1. Ejemplos de dificultades que surgen de traducciones defectuosas, o anticuadas	20
2. Posibles equivocaciones en el uso de la letra cursiva	20
3. Posibles mejoras por una puntuación más razonable	20
4. Nota final	20

Ejercicio	21
Hermenéutica - El contexto	22
El contexto inmediato	22
Ejercicio	25
Hermenéutica - El fondo del libro	26
El libro	26
El fondo del libro	26
Manuales bíblicos	27
La geografía bíblica	27
La historia de los tiempos bíblicos	28
La fecha	28
La ocasión del libro	28
Consejos prácticos	29
Ejercicios	29
Hermenéutica - Las doctrinas fundamentales de las Escrituras	30
El valor de las normas doctrinales	30
Las grandes doctrinas	30
Comprobando el texto por medio de las grandes doctrinas	32
La importancia de los “doctores” en la Iglesia	32
Ejemplos	33
Ejercicios	34
Hermenéutica: El lenguaje de las Escrituras	35
La variedad de las formas lingüísticas	35
Unos factores básicos	35
Ejemplos adicionales	38
Ejercicio	39
Hermenéutica - El lenguaje figurado	40

Adornando el idioma	40
El símil	40
La metáfora	40
La hipérbole	40
La paradoja	41
La fábula	41
La parábola y su interpretación	42
Ejercicio	43
Hermenéutica - Tipos, alegorías y símbolos	44
El tipo	44
La alegoría	45
Un período histórico de importancia especial	46
Vidas típicas	47
Símbolos	47
Ejercicio	49
Hermenéutica - Géneros literarios	50
Los volúmenes de la biblioteca	50
La construcción del Pentateuco	50
La historia	51
Los libros proféticos	53
Los libros poéticos	54
Los libros sapienciales	55
Los libros apocalípticos	57
Los géneros literarios en el Nuevo Testamento	58
1. Los Evangelios	58
2. Los Hechos de los Apóstoles	58
3. Las Epístolas	59
4. El Apocalipsis	60

Ejercicio	60
Hermenéutica - Relaciones entre el Antiguo Testamento y el Nuevo	61
Consideraciones generales	61
Lo permanente y lo transitorio	61
La misión de Israel	63
Las citas del Antiguo Testamento en el Nuevo	65
Ejercicio	67
Palabra final	68

Dedicatoria

Esta obra ha surgido de la labor de enseñanza bíblica que se lleva a cabo en tiempos difíciles en Barcelona, España, bajo el nombre de CURSOS DE ESTUDIO BIBLICO, y se dedica al noble ejército de hermanos estudiosos y activos de los países de habla española, quienes, sin la ayuda de estudios teológicos especializados, se afanan por apropiarse los tesoros de la Revelación Escrita y por cumplir el ministerio que han recibido del Señor.

(2 Ti 2:15) “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bien la palabra de verdad.”

Nota de los editores, octubre 1972: Por considerarla de interés histórico mantenemos esta dedicatoria íntegra en el lugar donde la colocó el autor en el año 1958.

Hermenéutica - Introducción

Se plantea el asunto

La palabra “hermenéutica” extraña un poco, pero es una etiqueta conveniente (derivada de la voz griega “*hermeneuo*” que significa “*explicar un texto*”) para resumir las distintas consideraciones, principios y normas que nos ayudan a llegar a una interpretación adecuada de las Sagradas Escrituras. Por la ayuda de tales normas podremos hacer una buena exégesis de cualquier pasaje bíblico. Esta voz también es una palabra griega que significa “*poner en claro un texto*”.

Para darnos cuenta de la importancia de este estudio debiéramos considerar dos puntos de vista opuestos en cuanto a la comprensión del texto sagrado. Si hablamos de la hermenéutica, por ejemplo, a un hermano sencillo pero poco estudioso, nos responderá:

“¿Qué necesidad tengo yo de normas para entender la Palabra de Dios? ¿No nos la dio Dios para que la entendiéramos? ¿No dice el apóstol Juan: “*la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe*” (1 Jn 2:27)? ¿No dice el profeta Isaías que el camino es tan claro que hasta los insensatos no yerran (Is 35:8)?”

Desde luego, hay algo de verdad en lo que diría tal hermano (y la actitud es conocidísima), pero hay que saber distinguir la verdad del error que encierra su contestación. La interpretación de las citas bíblicas que da es un ejemplo de lo que pasa cuando se quiere entender textos con sentido individualista, sin tomar en cuenta ni el contexto ni el conjunto de las enseñanzas bíblicas. Es una bendita verdad que un alma sencilla que busca la voluntad del Señor por medio de la Palabra la hallará. Hay innumerables casos de personas que se han convertido por la sencilla lectura de la Palabra, sin enseñanza humana. También hemos conocido casos de hermanos que han llegado a una buena comprensión de las doctrinas fundamentales de las Escrituras por una constante meditación en la sola Palabra cuando no han tenido a mano maestros que les orientasen. Ningún alma humilde y deseosa, pues, será defraudada si busca la voluntad de Dios para sí en la Palabra, según el principio de (Jn 7:17): “*El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios*”.

Ahora bien, es necesario considerar el reverso de la medalla, pues muchos son los creyentes que sacan ideas erróneas de las Escrituras, y las herejías suelen fundarse precisamente sobre determinados pasajes arrancados de su contexto, y subrayados sin relación con la perspectiva de las enseñanzas de la totalidad de la Biblia. Los propagadores de las terribles herejías de los “Testigos de Jehová” se ufanan precisamente por su conocimiento superior de los Escritos sagrados. Estos hechos han llevado a otros a una posición completamente contraria:

“Es tan difícil interpretar las Escrituras que sólo los teólogos especializados pueden hacerlo.”

Los hermanos que se afirman en esta posición señalan las muchas cuestiones eruditas que conciernen al texto de la Biblia, su transmisión a nosotros, su traducción, etc., recordándonos que los eruditos han pasado toda su vida comentando el sentido de pasajes bíblicos y aun así no se ponen de acuerdo entre sí. ¿Qué ha de hacer el lego, pues? ¡Solamente puede engañarse a sí mismo, desviándose por alguna senda particularista, resultado de su ignorancia de las cuestiones a tratar!

Más abajo expondremos algunas de las dificultades que verdaderamente existen en cuanto a la interpretación de las Escrituras. Pero hemos de hacer notar que la posición última que hemos señalado deja fuera de consideración el hecho de que Dios quiere hablar con sus hijos por medio de la Palabra. Sin caer en el error de quien no acepta ayuda, estamos seguros de que puede cumplir su propósito, siempre que sus hijos, por su parte, se acerquen a las Escrituras con deseos de saber su voluntad, y dispuestos a toda diligencia en la búsqueda de sus tesoros. Podemos concretar esta posición media de esta forma:

El creyente diligente y espiritual puede llegar a interpretar correctamente las Escrituras, pero ha de conocer las dificultades y estar dispuesto a emplear los medios que Dios le pone a su alcance.

El hermano que piensa que no necesita ayuda debiera tomar en cuenta un hecho muy sencillo y evidente. Como no existe una lengua universal, Dios escogió el hebreo (con algo de arameo) para expresar lo que quería comunicar en la antigua dispensación, y el griego como medio para dar a conocer las verdades del Nuevo Pacto. Son lenguas antiguas y difíciles, de modo que personas que ya poseen la base de una buena cultura, conjuntamente con el don de idiomas, necesitan años de profundos estudios antes de dominar estas lenguas hasta el punto de poder verter su sentido exacto a las lenguas modernas que conocemos nosotros. Cada vez que un hermano sencillo lee un pasaje de la Palabra en una versión castellana, debe parar con el fin de dar gracias a Dios por los esfuerzos de los hermanos eruditos que han hecho posible que él, sin conocer más que su lengua materna, pueda aprovechar el tesoro de la Palabra divina. De igual forma, debemos muchísimo a quienes se han esforzado por aclarar el fondo histórico y literario de los libros de la Biblia, con el fin de que nosotros, en nuestro día y generación, podamos entender más exactamente su sentido.

Para finalizar esta sección, notemos distintas actitudes de las cuales se ha valido el diablo para impedir que la Palabra divina haga su debido efecto en el corazón, la mente, la vida y el servicio de los hombres: El modernista mutila la Palabra, el tradicionalista añade a la Palabra, el perezoso ignora la Palabra y el ignorante tuerce la Palabra.

En una lección posterior notaremos los postulados del verdadero evangélico al estudiar la Biblia, tan distintos de los del modernista. Solamente diremos aquí que, de una forma o de otra, el modernista (o “teólogo liberal”) exalta la comprensión humana por encima del Verbo escrito de Dios, escogiendo ciertas porciones que, según su criterio propio, contienen “valores espirituales y religiosos”, y calificando las demás como torpes balbuceos de niños que buscaban caminos parecidos a los de las demás religiones del mundo. Mutila la Palabra, y aun en el caso de moderados, que aparentemente aceptan mucho de lo básico de la fe cristiana, la tendencia es funesta y peligrosa en extremo.

El tradicionalista acepta, como dogma de la fe que la Iglesia adelanta, que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios. Pero también tiene que hacer caso de la tradición oral, de los dichos de los Padres apostólicos, de las decisiones de los Concilios y de las declaraciones “ex cátedra” del Papa, en el caso de los católicorromanos.

Entre tanta cosa añadida, hay mucho que contradice tanto la letra como el espíritu de la Biblia. En la inmensa y poderosa esfera del catolicismo romano, por ejemplo, la Palabra es escondida bajo la paja de innumerables tradiciones, ritos y costumbres que niegan el valor de la Palabra que teóricamente se acepta.

El perezoso se halla en todas las congregaciones, pero abunda más allí donde se acepta la tesis de que la interpretación de la Biblia se ha de dejar para el teólogo especializado.

Escucha un sermón de vez en cuando, pero no medita en su casa, de modo que su alma se halla en estado raquíptico, faltándole alimento y vitaminas espirituales.

El ignorante es el que se cree capaz de dar el sentido de cualquier texto por una luz interior, sin querer ser enseñado, interpretando a su antojo las preciosas promesas de la ayuda que el Espíritu dará al alma humilde y diligente. Sus frases predilectas son: “A mí me parece”, o “el Señor me ha dicho”; pero de hecho no utiliza el texto más que para colgar en tal “percha” sus propios pensamientos, torciendo lamentablemente el verdadero sentido del pasaje tal como se dio por el siervo inspirado de Dios.

Las lecciones siguientes se dirigen a cristianos que aman la Palabra, que se dan cuenta de su propia incapacidad frente a tanta riqueza divina, pero que, diligentes y anhelantes, desean apreciar lo más exacta y profundamente posible las cosas reveladas que son para nosotros y para nuestros hijos (**Dt 29:29**).

Ejercicio

- I. Inténtese una explicación de (**1 Jn 2:27**) a la luz del contexto y de los pasajes siguientes: (**2 Ti 3:14-17**) (**2 Ti 2:2,15**) (**1 Ti 4:11-16**) (**Ef 4:10-16**) (**Hch 8:31**) (**Hch 18:24-28**) (especialmente el versículo 26), notando los medios que utiliza el Espíritu Santo para dar a conocer la verdad divina.

Hermenéutica - Origen de las dificultades

Consideraciones generales

Si recibimos una larga carta de un amigo nuestro con quien vivíamos anteriormente, describiéndonos los incidentes de un viaje que realiza para visitar a unos parientes, que también son conocidos nuestros, no tendremos dificultad alguna en comprenderla toda, hasta las alusiones pasajeras, pues conocemos su estilo de escribir, estamos familiarizados con sus circunstancias y con las de sus parientes, y tenemos en común un fondo de recuerdos que compartimos como una herencia general. Si pasamos la carta sin comentario a otro amigo que acaba de llegar de Canadá, quien desconoce la persona del escritor, y no tiene la menor idea de quiénes sean sus parientes y sus familiares, no sacará más que una idea muy vaga de la sustancia de la carta, y ciertos párrafos y frases le serán un enigma.

Esta sencilla ilustración servirá para subrayar un hecho evidente: los escritos de un autor serán tanto más incomprensibles para nosotros cuanto más difieran de las nuestras su época y sus circunstancias, y la dificultad se aumentará si su manera de hablar y de expresarse nos es desconocida. Veremos ahora la aplicación de este principio al estudio de la Biblia. Reiteramos, sin embargo, que nadie debe asustarse por la consideración de las dificultades, porque detrás de los autores humanos se halla nuestro Dios, quien quiere revelarse a las almas deseosas de conocerle, y quien nos da la ayuda de su Espíritu en el difícil cometido.

1) Dios nos ha dado la Biblia en forma de una biblioteca de 66 libros, muy diversos entre sí.

La Biblia es un libro en cuanto es la revelación escrita que Dios ha dado de sí mismo, siendo a la vez la historia de la redención. Pero cada libro, o grupo de libros, tiene sus propias características, y necesita un estudio propio y especial, relacionado con el de todos los demás en vista de su origen divino y de su unidad espiritual.

2) Los libros surgen de las condiciones religiosas y espirituales de pueblos, hombres y mujeres, que vivían en aquella parte del mundo que ahora llamamos el Medio Oriente.

No sólo encontramos una gran diversidad en las condiciones espirituales de los miles de protagonistas, sino que todo el escenario es muy diferente de aquel que ofrece nuestra vida occidental del siglo XXI. Es obvio que hemos de estudiar este fondo con mucho cuidado si queremos llegar a ver los incidentes y entender los escritos dentro de una buena perspectiva.

3) La antigüedad de los escritos. Moisés escribió sobre el año 1500 antes de Cristo, pero recogió sin duda antiguas crónicas de su pueblo redactadas en los tiempos patriarcales. Todo documento antiguo necesita estudios especiales, no sólo a causa del lenguaje, que será ya lengua muerta solamente accesible a los eruditos en la materia, sino también por la lejanía de la época que se echa de ver en los conceptos e ideas. Existen en las bibliotecas facsímiles de la primera edición del "Quijote" que se leían con facilidad por nuestros antepasados del siglo XVII, pero que cuesta un gran esfuerzo al lector "medio" de hoy en día. Aun si el libro se presenta con el tipo moderno de impresión, y con la ortografía de hoy, nos hallamos frente a muchos problemas si queremos comprender exactamente el significado, de modo que se publican comentarios sin fin sobre el célebre clásico castellano. ¡Y el "Quijote" se redactó en nuestro idioma, a una distancia de sólo

cuatro siglos! Si surgen dificultades después de un lapso de cuatrocientos años, ¡cuántas no serán aquellas que se presenten en escritos de otras tierras, de distinta civilización, después de un lapso de milenios!

4) Las Escrituras se redactaron en los idiomas hebreo, arameo (siriaco) y griego.

Hace algunos años habríamos dicho que todos estos idiomas ya eran muertos, porque ya no se hablaban. Tenemos que modificar este concepto ahora en vista del gran esfuerzo que van realizando los israelitas para resucitar su antiguo idioma, el hebreo, adaptándolo a las exigencias de la vida moderna. Por primera vez desde el cautiverio babilónico (siglo sexto antes de Cristo) muchos judíos de Israel conversan normalmente en hebreo, que es una de “las señales de nuestro tiempo”. Esto ha renovado su interés en los escritos sagrados del Antiguo Testamento, que les son mucho más accesibles que antes. Pero pocos son los gentiles (aparte de los escriturarios) que saben leer el hebreo, mucho menos hablarlo.

Hay algunos capítulos de Daniel y de Esdras (documentos oficiales en su mayor parte) que se redactaron en arameo, el idioma de la Siria de entonces. El arameo, durante los siglos que precedieron a las conquistas de Alejandro Magno, se utilizaba como lengua franca en el Oriente Medio, llegando a ser la lengua normal de los judíos durante y después del Destierro, y seguramente la que el mismo Señor aprendió de labios de su madre. Ha desaparecido como lengua hablada.

El griego del Nuevo Testamento es el griego helenístico, o “el koiné” (lengua común). Cuando Alejandro Magno llevó a cabo sus rápidas y victoriosas campañas militares por el Oriente, derrumbando el poder de Persia, los griegos a sus órdenes llevaron consigo su hermoso idioma, que, en una forma algo modificada y simplificada, fue aprendido por toda persona medianamente culta, o que se dedicaba al comercio, en los siglos que precedieron y siguieron el nacimiento del Salvador, tanto en el Oriente Medio como en las orillas del Mediterráneo. Los judíos de la Dispersión entendían normalmente el griego, como también los más de los judíos en Israel, de modo que los evangelistas y apóstoles, bajo la guía del Espíritu, utilizaron el “koiné” y, como notamos de paso en el primer capítulo, no podemos prescindir de los eruditos si queremos llegar lo más exactamente posible al sentido de los escritos según se dieron por los autores inspirados.

5) En la Biblia hallarnos diferentes géneros literarios y modos de expresión. Al detallar las normas para la recta interpretación de las Escrituras tendremos necesidad de volver a considerar los diferentes géneros literarios y las distintas expresiones lingüísticas que encontramos en las Escrituras, y que han de tomarse en cuenta si queremos llegar al verdadero sentido de los pasajes. Basta que notemos aquí que la Biblia contiene libros históricos, secciones biográficas, libros de poesía, libros proféticos, libros de sabiduría, aspectos de la vida del Señor en los Evangelios, epístolas apostólicas, género apocalíptico, etc.

Obviamente las expresiones detalladas de un poema no han de leerse como si formasen parte de una narración histórica, y habremos de dar una atención muy especial tanto a las figuras literarias (metáforas, símiles, paradojas, etc.), así como a las secciones llenas de simbolismo.

Las parábolas (casi todas ellas forman parte de la enseñanza del Maestro) son un género aparte, y si hemos de evitar interpretaciones erróneas y fantásticas, tendremos que prestar atención a ciertas normas de interpretación que son propias del caso.

En este capítulo hemos querido echar un vistazo sobre el campo en amplias perspectivas, con el fin de darnos cuenta de la labor a realizar. El explorador, antes de emprender una jornada trabajosa y fatigosa a través de difíciles selvas, se alegraría de poder subir a lo

alto de un cerro cercano desde donde pudiese observar el curso de ríos y arroyos, notando la posición de claros en la jungla, de subidas y bajadas, etc.; sirviendo su observación como preciosa orientación para su viaje. Animado por la meta que tuviese delante, no retrocedería al notar los obstáculos, sino que tomaría las medidas precisas para vencerlos, aprovechando a la vez toda circunstancia favorable. Esperamos que el estudiante haya aprovechado este capítulo con igual espíritu e intención, al adentrarse en los fértiles campos de la Revelación escrita.

Ejercicio

- I. Léase el capítulo 28 de Job. Si se toma el versículo 28 como la clave de todo el pasaje, considérese cómo todo el pasaje se relaciona con este texto, y cómo se explyta la ilustración que se detalla en los versículos 1 hasta el 11.

Hermenéutica - Postulados fundamentales

La necesidad de unas normas

La rama del saber más exacta que se conoce es la de las matemáticas, y gracias a éstas, aplicadas a la física y otras disciplinas, el hombre ha logrado aumentar mucho su dominio sobre la naturaleza durante el último siglo y medio. Tan fundamentales son las matemáticas en las investigaciones científicas, que algunos creen que son una especie de ley que existe por sí sola. Eso es una equivocación, sin embargo, pues aun las matemáticas necesitan axiomas que forman la base de todo el sistema de razonamientos que luego se va elaborando. Que “la recta es la distancia más corta entre dos puntos” no se puede probar, sino que “se supone”. En la práctica no hay tal cosa como una línea absolutamente recta, ni un punto que no ocupe lugar, ni triángulo perfecto, etc.; pero el matemático ha de creer que pueda haberlas, y que los principios que él ilustra en un pedazo de papel tienen validez universal, o sea, que pueden aplicarse por igual a dimensiones muy pequeñas que al estudio de los astros.

Los materialistas se ríen de los cristianos porque (según ellos) suponen que hay un Dios, sin que lo puedan probar; suponen que la Biblia es la Palabra de Dios, cuando es una literatura antigua como las demás. Esta mofa barata es ridícula, pues de hecho toda persona que piensa supone muchas cosas que no puede probar, y lo que luego cree que está probando se basa sobre estas suposiciones. La prueba absoluta no existe en la esfera del pensamiento humano.

El cristiano tiene la humildad suficiente para no fiarse de su razón, que sólo puede trabajar dentro de ciertos límites sobre la base de hechos inseguros, y prefiere esperar que Dios se revele a sí mismo. Hay varias consideraciones que son necesarias como base de nuestro estudio sobre la recta interpretación de la Biblia, y si no fuesen ciertas, no valdría la pena estudiarla. Por lo menos, no la estudiaríamos más que por la mera curiosidad de saber lo que hombres como nosotros han pensado sobre la religión en distintas épocas de la historia.

El hecho de que el teólogo liberal, o modernista, no acepte los postulados que hemos de presentar, hace que su labor difiera mucho de la del estudiante ortodoxo, pues, no confesando el carácter especial y plenamente inspirado de la Biblia, ni estando dispuesto a comprender que hay un plan total que determina la estructura de las Escrituras, se pone a examinar los estratos del pensamiento humano sobre Dios, el hombre, el pecado, la salvación, etc., que halla en estos escritos, sin relacionarlo todo al Dios que habla al hombre por la Palabra. Por eso emplea frases como las siguientes: “En los estratos primitivos de los Evangelios las ideas sobre X son así...”; “La contribución que hace Pablo al concepto de Y es tal o cual cosa...”. Siempre es el hombre religioso en esta o la otra época que razona sobre Dios, o recibe inspiraciones como las que podrían recibir Goethe o Shakespeare, siendo de más o menos valor según el criterio del erudito que las analiza. Claro está que tales eruditos pueden acertar, y a veces han arrojado mucha luz sobre el fondo de las diversas épocas que abarcan las Escrituras, pero esto dista mucho de lo que extrae y enseña el verdadero ministro de la Palabra, quien escucha primero para proclamar luego que Dios ha hablado. Nosotros no hemos de acercarnos a las Escrituras en busca de conceptos religiosos, sino para percibir la Voz de Dios. Creemos en una doctrina de revelación real, fruto de una cristología que no puede admitir limitaciones en el Verbo encarnado, quien, si es cierto que es Dios Salvador, ha de ser también el Maestro perfecto. Así podremos tomar en cuenta todas las partes de las Escrituras, juntando toda

su evidencia como base de nuestras doctrinas, y esperando oír “Palabra de Dios” para nuestras almas en todo cuanto él nos ha dado en la Biblioteca divina.

1. Postulado primero

Creemos que hay un Dios y que quiere revelarse a los hombres.

Hay ciertas demostraciones accesibles a la razón humana que señalan en la dirección de Dios, pero nosotros no vamos a enumerarlas. Empezamos con la idea de Dios, que es común a todas las razas de los hombres, y que sólo se pierde (y la pérdida es más bien cuestión de palabras que no de profundas convicciones) cuando el hombre se desorienta en la niebla de sus propios orgullosos razonamientos. Hay un Dios.

Algunos deístas admiten que hay un Dios, pero, según ellos, es tan impersonal en su remota perfección que no quiere revelarse al hombre. A nosotros no nos interesa una idea abstracta que lleve el nombre de Dios, sino que queremos contemplar al Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien se deleita en darse a conocer a sus criaturas. Aun más, parece ser que las Escrituras señalan una divina necesidad en el mismo ser de Dios que exige que él se revele. Y si hay un Dios, y este Dios desea revelarse, la primera obligación del hombre es la de prestarse a recibir lo que Dios quiere darle, sintonizando los poderes receptores de su mente, su corazón y su voluntad, con la onda de revelación que procede del Eterno.

2. Postulado segundo

Creemos que Cristo es el Verbo eterno encarnado, medio principal y consumación de esta autorevelación de Dios.

Aquí no podemos detenernos para examinar todas las consideraciones doctrinales y apologéticas que se relacionan con este postulado. Basta reafirmar que los documentos de los cuatro Evangelios son históricos —no legendarios— y que presentan una Figura que sobresale por encima de todas las demás de la historia, siendo imposible que ningún autor o autores la inventasen como una creación artística o literaria. Cristo mismo, aun siendo tan humilde en su persona humana, reclama para sí autoridad y atributos divinos y sus declaraciones en este sentido constituirían una blasfemia en uno que no fuera de hecho Dios manifestado en carne. Cristo se prueba a sí mismo, pues es imposible explicarle, y hemos de aceptar lo que él mismo declara de sí mismo, y lo que los apóstoles, como testigos fieles, vieron y comprobaron en él. Dios nos habla de forma suprema “*por el Hijo*” (He 1:1).

3. Postulado tercero

Instruidos por Cristo, creemos que toda la Biblia es la Palabra escrita de Dios, y plenamente inspirada en todas sus partes.

No hay manera de separar el Verbo encarnado de la Palabra escrita. La palabra del Antiguo Testamento estaba siempre en el corazón y en la boca del Maestro, quien hallaba en ella su alimento, sus armas de defensa, sus credenciales como Mesías, y la base para sus propias enseñanzas. Hace referencia a todas las grandes secciones del Libro santo, y a muchos de sus libros. Antes de marcharse de esta tierra, indicó que el Espíritu Santo, por el testimonio de los apóstoles, había de completar la revelación escrita, y vemos el cumplimiento de su propósito en el contenido del Nuevo Testamento.

La importancia de este postulado en relación con la interpretación de la Biblia es inmensa, pues determina que no hemos de acercarnos a ella como si fuera una colección de libros sagrados y religiosos donde podemos aprender algo bueno (escogiendo esto y rechazando aquello) que nos podría ser de provecho espiritual; ni tampoco para hallar en

la Biblia la revelación de Dios, por el mismo proceso —sobre un plano superior— de escoger lo que nos parece digno de ser revelación, y de rechazar aquello que consideramos como mero marco humano. Reconocemos que hay partes de la Biblia de más inmediata aplicación a nuestras necesidades que otras, y que algunas tratan de asuntos más comunes, y otras de temas más sublimes. Pero aun viendo esto, estudiaremos toda la Biblia creyendo que es en sí la Palabra de Dios, siendo todas las partes igualmente necesarias para la revelación en su totalidad. Muchas de nuestras interpretaciones dependerán de nuestra convicción de que la Biblia es la Palabra de Dios y no sólo que contiene la Palabra de Dios.

4. Postulado cuarto

Creemos que toda la Biblia es la revelación que Dios da de sí mismo, y que su tema es el desarrollo y consumación del plan de la redención.

Es este postulado, juntamente con el anterior, el que garantiza la unidad de las Escrituras, y subraya, como veremos más adelante, que cada porción de la Palabra escrita ha de estudiarse a la luz de la totalidad de las Escrituras. Por encima de todas las diferencias y aparentes contradicciones, hemos de ver un plan y reconocer una verdad en la Biblia. Al pensar en los diferentes géneros literarios tendremos que tener en cuenta que están escritos a lo divino. Por ejemplo, no hallamos la historia como tal en los libros históricos, sino historia en la perspectiva del plan de la redención.

5. Postulado quinto

Cristo es el centro de la Palabra escrita de Dios, y las interrelaciones del Antiguo y el Nuevo Testamento han de determinarse por referencia a su persona.

Al hablar con los dos caminantes que se dirigían a Emaús, el Señor les declaraba *“en todas las Escrituras lo que de él decían”*. Y estando con los once más tarde dijo: *“Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras”* (Lc 24:27,44-45). Ya hemos visto la manera en que Cristo identificaba su propia autoridad con la del Antiguo Testamento, y lo que notamos aquí por añadidura es que él es la clave para la comprensión de las Escrituras. En todas sus partes los escritos antiguos hablan de él, y en él tienen su razón de ser. Naturalmente es mucho más fácil aún ver cómo él es el tema único del Nuevo Testamento. No es fácil siempre, apreciar exactamente las interrelaciones del Antiguo y del Nuevo Testamento, pero podemos estar seguros de que ninguno de los problemas que éstas encierran hallará su solución si no la buscamos en Cristo.

6. Postulado sexto

Hay una revelación progresiva en el Antiguo Testamento que no estorba para que sea Palabra de Dios en todas sus partes.

La luz de las Escrituras puede compararse con la de la aurora, pues no pasamos en seguida de la oscuridad de la noche al brillo del mediodía. La intensidad de la luz va lentamente en aumento hasta salir el sol en la plenitud de su fuerza y claridad. Pero el primer rayo de luz matutina es tan “luz solar” como los abrasadores rayos del mediodía. Este postulado tiene que tomarse en cuenta al procurar descifrar el significado de algunos detalles de las vidas de los patriarcas y héroes del Antiguo Testamento, pues no podemos esperar que éstos se porten como cristianos que han visto la Cruz y en quienes habita el Espíritu Santo, sino considerar cómo reaccionan frente a la luz que Dios va dándoles en medio de las densas tinieblas circundantes.

En el caso muy comentado de Jacob, por ejemplo, lo más significativo de su vida no son los métodos de dudosa moralidad que empleara para conseguir la primogenitura y la bendición en la primera etapa de su carrera —métodos reprobables, pero normales en su medio ambiente—, sino su aprecio de la promesa dada a Abraham, su abuelo, por la que Dios había de traer la salvación al mundo. Supo reaccionar con agrado y sumisión a la luz del rayo de esperanza divina que había caído sobre su linaje, y por eso llegó a ser Israel, dando su nombre a todo el pueblo escogido. Esaú podía ser más simpático y noble, pero era carnal, sin una partícula de interés frente a la misión celestial de su familia, y por ende no pasaba de ser raíz de amargura, padre de la raza enemiga de Edom.

7. Postulado séptimo

Creemos que el Espíritu Santo, que mora en los creyentes, aclara el sentido de la Palabra, siempre que el estudiante se acerque a ella con humildad y la examine con diligencia.

De este punto ya hemos hablado, pero es importante que conste aquí como postulado fundamental de la hermenéutica, puesto que es consideración básica que lo que Dios ha dado por su Espíritu ha de discernirse también por el auxilio del mismo Espíritu.

8. Postulado octavo

Creemos que todo intento de estudiar las Escrituras sin una finalidad devocional o práctica tiende a desvirtuarlas, ya que no se dan para satisfacer nuestra curiosidad o para el desarrollo de nuestra inteligencia, sino para nutrir nuestro espíritu y llevarnos a Dios.

Se ha manifestado ya que la inteligencia —un don de Dios— es necesaria para la debida interpretación de la Biblia. Pero este postulado hace constar que la función intelectual no ha de divorciarse jamás de la adoración, ni de la sumisión a la voluntad divina, ni de nuestro deseo de servir eficazmente a quien nos compró con su preciosa sangre. ¡Pobre estudiante el que sólo ve en la Biblia un libro más de estudio! ¡Cuidado con las sequedades teológicas!

Ejercicio

1. Los críticos han querido relegar el libro de Daniel al segundo siglo antes de Cristo, calificándolo de libro popular cuyo autor anónimo se escuda tras de una figura legendaria llamada Daniel, de la época del cautiverio babilónico (siglo sexto antes de Cristo), considerando, además, que las profecías son de hecho historia local ya cumplida. Lea las palabras del Maestro en **(Mt 24:15-18)** y dé su opinión sobre esta teoría a la luz de los postulados de esta lección.

El texto

En capítulos anteriores hemos procurado establecer una posición media entre aquella que haría del estudio de las Escrituras un ejercicio reservado para los peritos, y aquella otra que rehúsa reconocer las dificultades que en efecto existen cuando se trata de la Biblia. En el último capítulo vimos que la manera de interpretar el Libro divino dependerá de ciertos postulados que, tratándose de estudiantes que son evangélicos bíblicos, incluyen como bases importantísimas una Cristología que no limita en nada la persona del Dios-Hombre, el Verbo eterno encarnado, conjuntamente con el aprecio de la Biblia en su unidad espiritual como libro plenamente inspirado por Dios.

Para poder llegar a una exégesis fiel de cualquier pasaje bíblico, tendremos que tener en cuenta varias normas que iremos señalando en el curso de estudios posteriores, destacándose entre ellas: 1) el estudio minucioso del texto bajo consideración; 2) una buena comprensión del contexto inmediato; 3) conocimientos sobre el fondo del libro bíblico en que se halla el pasaje en cuestión; 4) el deseo de ver el pasaje en la perspectiva general de las Escrituras, y en especial la determinación de considerarlo a la luz de las grandes doctrinas bíblicas; 5) consideraciones sobre el lenguaje de las Escrituras, que abarcarán la manera de pensar y escribir de los autores en su medio ambiente oriental; 6) la necesidad de tomar en cuenta el género de literatura que representa el libro que estudiamos; 7) ayudas para la debida comprensión de tipos, símbolos, parábolas y expresiones figuradas en general.

Estas normas son como las herramientas del exégeta, a las que puede echar mano en su tarea a la manera en que un buen mecánico soluciona los problemas del funcionamiento de un motor con la ayuda de los útiles que la experiencia y la pericia de los ingenieros han preparado para tales fines. Sobre todo nos salvan de ideas superficiales y personales —y por ende carnales— que con facilidad llegan a oscurecer la verdad que quiso subrayar el autor inspirado, pues antes de formular una interpretación rápida y precaria, hemos de hacer alto para preguntar: “¿He entendido exactamente las palabras y frases?”, “¿He seguido bien la argumentación del contexto?”, “¿Estoy al tanto del propósito general del libro?”, “Si este texto parece oscuro, ¿lo he considerado a la luz de las claras doctrinas fundamentales?”

El examen del texto

I. El estado del texto original

Al estudiante reflexivo se le ocurrirá pensar: “Comprendo la necesidad de entender bien el texto antes de procurar interpretarlo, pero lo que tengo delante es una traducción en castellano de los originales en hebreo y griego. ¿Puedo yo saber que la traducción es exacta? Más aún, ¿puedo tener la seguridad de que se basa sobre originales de confianza? Algunos críticos de las Escrituras hablan de miles de variantes en los textos hebreos y griegos. Si ello es verdad, ¿no ofrece un obstáculo infranqueable a la exacta comprensión de las Escrituras?”

Debemos tomar en cuenta, por cierto, que todos los autógrafos de los escritores inspirados han desaparecido, y que el texto sagrado se ha transmitido por miles de copias de copias, remontando a lo que fue escrito o dictado por el siervo de Dios en primer término. Desde luego, lo mismo pasa con respecto a toda la literatura de la antigüedad, con la diferencia de que los hebreos y los cristianos han sido muchísimo más diligentes y cuidadosos en la transmisión de la Palabra de Dios que no los paganos que rescataban

del olvido los textos de sus filósofos, poetas y autores dramáticos. Los problemas de la transmisión del texto del Antiguo Testamento y el del Nuevo son distintos, y no podemos hacer más que indicar sus rasgos más sobresalientes: lo suficiente para que podamos proseguir con nuestras consideraciones.

2. El texto hebreo

Todo el Antiguo Testamento —a excepción de unos breves pasajes en arameo en los libros de Daniel y Esdras— está redactado en hebreo, y debemos la conservación del texto al minucioso cuidado de los judíos. Los escribas hebreos no multiplicaban copias del sagrado texto, sino que, cuando una iba desgastándose, la copiaban con extremadas precauciones, comprobando hasta la suma de las letras en cada página, amén de otras medidas, para asegurar la identidad de la copia con el original. Cuando estaban satisfechos de su labor, el original era destruido, para que la Palabra de Dios —entendida de forma externa— no sufriera deterioro. Es por eso que los escriturarios, en sus investigaciones del texto, no han podido, hasta fechas recientes, basar su labor en manuscritos muy antiguos, siendo los textos hebreos de mayor confianza los que los rabinos de la escuela de los Masoretas produjeron en los siglos IX y X de nuestra era. Por eso el descubrimiento de los manuscritos del Mar Muerto en el año 1947 se revistió de gran importancia para el estudio del estado del texto hebreo del Antiguo Testamento, y, resumiendo en una frase un asunto muy complicado, podemos decir que estos documentos, que los eruditos están estudiando con afán en nuestros días, y que se fechan en los siglos I y II antes de Cristo, aproximadamente, vienen a confirmar el valor y la exactitud del texto masorético, base de nuestras traducciones.

3. El texto griego

El Nuevo Testamento está escrito en su totalidad en el griego helenístico (el “koiné”, o lengua común) que, como resultado de las conquistas de Alejandro Magno, se había extendido por el Medio Oriente y las orillas del Mediterráneo, hablándose por toda persona medianamente culta, y utilizándose para el comercio y el trato normal entre los distintos pueblos del imperio romano. Los cristianos de los primeros siglos de nuestra era tenían en alta estima los escritos que habían salido del círculo apostólico, y extendían el conocimiento de ellos por medio de copias que se enviaban a las distintas iglesias. Ejercían todo el cuidado posible, sin duda, pero a menudo trabajaban en circunstancias de peligro y de premura. Algunos copiaban un texto que tenían delante, mientras que otros escribían al dictado. Los dos métodos podían dar lugar a equivocaciones, fuese por mirar mal una palabra, fuese por oírla defectuosamente. Estas pequeñas equivocaciones han dado lugar a las variantes que se notan, y los eruditos —los críticos textuales, cuya benemérita labor no ha de confundirse con la “crítica” de la teología liberal— clasifican los textos en grupos según las características variantes, indicando éstas un origen común en cierta región donde muchas copiaban el mismo texto.

Pero los enemigos del Evangelio han exagerado mucho la importancia de estas variantes, ya que la inmensa mayoría de ellas no pasan de ser pequeños cambios —de prefijos, de ortografía, de partículas, del orden de las palabras, etc.— que no alteran para nada el sentido del texto. Aun en el caso de las pocas variantes de más importancia, no se halla ninguna que afecte doctrinas fundamentales, y podemos bien creer que la providencia de Dios estaba por encima del celo de los cristianos de los primeros siglos, velando por la pureza de la Palabra, a pesar de las aciagas circunstancias de entonces. Queda como un hecho reconocido por todos los eruditos en la materia, que la base documental del Nuevo Testamento es inmensamente superior a la de los clásicos de aquellos tiempos. Ha habido —y hay todavía— un número considerable de eruditos que dedican su vida a esta labor de la crítica textual, examinando y cotejando miles de manuscritos, agrupándolos

según sus características, y llevándonos más y más cerca de los autógrafos que salieron de las manos de los autores inspirados. Los textos de Westcott y Hort y de Nestlé, por ejemplo, son el resultado de estos trabajos, y pueden emplearse con toda confianza.

Sir Frederick Kenyon, director en su día del Museo Británico de Londres, y la mayor autoridad sobre cuestiones del texto bíblico de los tiempos modernos, pudo declarar que el lector de hoy puede seguir sus estudios bíblicos con la seguridad que el texto que tiene delante no difiere en nada esencial de aquel que salió de las manos de los autores inspirados.

4. El uso de las traducciones

Lo ideal sería que todos pudiésemos leer las Escrituras en las lenguas originales, según los mejores textos que los eruditos han preparado. Pero necesitaríamos profundos conocimientos del hebreo, arameo y griego para poder beber de esta fuente original, y ese es el privilegio de una selectísima minoría de eruditos. Conocimientos elementales del griego y del hebreo podrán servir de ayuda para el estudiante humilde que los emplee para llegar con mayor facilidad a los grandes comentarios, de calidad sobre los textos originales bíblicos. Pero si cree que “leer sobre el original” de una forma superficial le hace autoridad, entonces se engaña miserablemente, y sus conocimientos no pasan de ser el humo que sube con facilidad a una cabeza vacía.

La traducción Reina-Valera es la que produjo Casiodoro de Reina, un evangélico desterrado, en el año 1560, y que fue revisada por Cipriano de Valera en 1602, utilizando ellos el texto que más tarde se llamaba el “Receptus” y que entonces tenía la mayor autoridad, además de consultar traducciones anteriores en español y otros idiomas. Fue una obra magnífica, hecha en el periodo clásico del idioma castellano, y que ha servido de base para la lectura de la Biblia por personas de habla española durante varios siglos, siendo la versión que normalmente imprimían y repartían las Sociedades Bíblicas evangélicas.

Es conveniente consultar varias versiones, pues a menudo no existe una palabra o frase que por sí sola pueda dar el sentido completo del original, pero si se toman en consideración las traducciones de varios eruditos, llega a ser posible captar el sentido general y recibir nueva luz sobre las distintas voces concretas del texto.

5. El uso de concordancias analíticas

Aparte de la Concordancia Greco-española de Hugo M. Petter, tenemos otras ayudas en español que nos permitan comprobar el uso de las palabras originales en distintos contextos.

El estudiante delante de su texto

Vamos a suponer que el estudiante tiene delante un pasaje que quiere estudiar. Desde luego, lo más esencial es leerlo con mucho cuidado, fijándose en las palabras y frases, en primer término en la versión Reina-Valera. Está pidiendo al Señor que le dé luz sobre su Palabra, que quiere entender bien. Tantas verdades se entienden a medias (o al revés) por las prisas. Luego de haber considerado cuidadosamente lo que tiene delante, debe buscar la ayuda de otras versiones, notando las diferencias y procurando llegar a concordar los conceptos. Si tiene a mano un comentario de confianza (muchos son inadecuados, y otros han sufrido la influencia de ideas modernistas) puede ver lo que el expositor ha dicho sobre el sentido exacto de las palabras y frases.

No tiene que hacer caso de las divisiones en versículos y capítulos, que se han hecho para la conveniencia del lector, pero que no tienen nada de inspirado. Algunas veces estas divisiones cortan el argumento de una sección natural, oscureciendo así el sentido.

En la práctica, esta norma del cuidadoso examen del texto irá unida con otras que hemos de presentar, pero a los efectos de una clara presentación del tema, tenemos que aprender a manejar nuestras herramientas una por una.

Ejemplos

1. Ejemplos de dificultades que surgen de traducciones defectuosas, o anticuadas

El uso de *“infierno”* sin distinguir si el original (tratándose del Nuevo Testamento) es *“geenna”* o *“hades”*. Hoy en día *“infierno”* indica la perdición eterna, el *“lago de fuego”*, y es la debida traducción de *“geenna”*. Ahora bien, *“hades”* (como *“sheol”* en el hebreo) hace referencia a *“la ultratumba”* o *“regiones de los espíritus que han dejado el cuerpo”*. Es un término muy general y puede ser equivalente al paraíso, donde los espíritus de los salvos esperan en bienaventuranza, o el lugar tenebroso donde los perdidos aguardan el juicio del gran Trono Blanco. *“No dejarás mi alma en el hades ni permitirás que tu Santo vea corrupción”*, dice Pedro acerca del Señor, citando del (**Sal 16:19**) en (**Hch 2:27**). Este texto no enseña que el Señor bajó a la esfera de los perdidos, ni contradice (**Lc 23:43**): *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”*. Para otros lugares donde el original es *“hades”* véanse: (**Mt 11:23**) (**Mt 16:18**) (**Lc 10:15**) (**Lc 16:23**) (**Hch 2:31**) (**Ap 1:18**) (**Ap 6:8**) (**Ap 20:13-14**).

2. Posibles equivocaciones en el uso de la letra cursiva

Cuando el lector ve palabras en cursiva en cualquier traducción, ha de saber que no existen exactas equivalencias de tales voces en el original, sino que han sido añadidas para completar o aclarar el sentido. Esto es perfectamente legítimo, desde luego, pues muchas veces es imposible traducir el original literalmente. Pero a veces es posible que el traductor haya llegado a meter algo que no da el sentido, o por lo menos que existan traducciones alternativas.

3. Posibles mejoras por una puntuación más razonable

Poca ayuda nos ofrecen los originales griegos en cuanto a la puntuación, y los traductores han tenido que suplirla según su comprensión del pasaje. Generalmente han acertado, pero a veces parece ser que no han captado exactamente el sentido, y tenemos libertad para estudiar los casos.

(**1 Co 15:29**). Es probable (no dogmatizamos porque existen muchas opiniones) que la dificultad de la referencia al *“bautismo por los muertos”* puede solucionarse por una puntuación diferente: *“De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan? ¿Será por los muertos si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué se han de bautizar por los muertos?”*. Tal sentido concuerda bien con el contexto y con las enseñanzas generales del apóstol: el bautismo manifiesta nuestra identificación con la muerte y la resurrección de Cristo (**Ro 6:1-6**), pero si no hubiera resurrección de los muertos, el bautismo sólo podría tener significado de muerte.

4. Nota final

Los ejemplos precedentes se han adelantado para que el estudiante pueda ver por medio de unos casos concretos la necesidad de un estudio minucioso del texto, utilizando las ayudas que tenga a mano. Son ejemplos escogidos casi al azar, como habríamos podido

escoger tantos otros que, más pronto o más tarde, el estudiante diligente de las Escrituras notará en el curso de sus meditaciones.

Ejercicio

- I. Analice el texto (**Ro 12:1**) a la luz de lo dicho en este capítulo.

Hermenéutica - El contexto

El contexto inmediato

Con referencia a la predicación, se ha repetido tantas veces el aforismo: “El texto sin el contexto es un pretexto”, que casi nos avergüenza citarlo una vez más aquí. Pero si es importante para el predicador, ¿cuánto más para el exégeta? Dejamos a un lado aquí la cuestión de si un hermano debiera predicar si no es primeramente exégeta.

Pongámonos por un momento en el lugar de un estudiante que da principio a un curso de estudios médicos, con el propósito de licenciarse un día y ejercer el arte y ciencia de sanar los cuerpos. Sus profesores le recomiendan unos libros de texto, y le señalan las horas y lugares para conferencias, clases y demostraciones prácticas. Quizá durante algunas horas se entretiene en hojear los libros de texto, notando a la ligera algunos párrafos o ilustraciones que le llaman la atención. Pero, si es un estudiante serio, pronto deja de satisfacer la primera curiosidad, un tanto infantil, y se dispone a estudiar los prólogos y prefacios, que indican el alcance general de la obra y el método que ha seguido el autor en su presentación. Después, debidamente orientado, sigue sus estudios sección por sección, ya que en el desarrollo posterior de los temas se presupone el conocimiento de lo expuesto anteriormente, y el estudiante sabe bien que no va a absorber la ciencia que le es precisa por hojear un libro de texto, o por leer párrafos sueltos e inconexos.

Todos reconocemos que la Biblia es el libro más importante y profundo de cuantos se han escrito. Por eso es extraño que tantas personas crean saber mucho de él al poder citar algunos textos, o porciones de textos, fuera de su contexto, y sin haber considerado jamás su lugar y función en la totalidad del pasaje donde se encuentran. Tal procedimiento no se aplica por nadie en su cabal juicio cuando se trata de las grandes obras filosóficas, sociales, históricas y políticas del mundo. Alguien ha dicho acertadamente que podríamos hacer que el libro fundamental del comunismo, *El Capital*, de Karl Marx, fuese una defensa del capitalismo si siguiésemos el “método” de aislar ciertas declaraciones de su contexto, juntándolas luego según un criterio arbitrario.

Muy conocida es la importancia que algunos conceden a ciertos textos arrancados de su contexto, sin tener en cuenta el tenor de la totalidad de las enseñanzas del Maestro y de sus inspirados apóstoles. Con razón repudiamos este procedimiento, haciendo ver que tales textos adquieren un sentido muy diferente a la luz de su contexto total, y en relación con la doctrina apostólica en su conjunto. Pero el evangélico que dogmatiza sobre el sentido de ciertas frases, sin haber meditado cuidadosamente el significado general del pasaje, cae en idéntico error y, sin querer hacerlo, y sin saber que lo hace, puede muy bien falsear el sentido de las Sagradas Escrituras.

Todas las normas de interpretación que adelantamos son importantes, pero ninguna más que ésta: Después de examinar concienzudamente las palabras y frases de un texto, su significado ha de determinarse en relación con el sentido general del pasaje en que se halla.

En su sentido más amplio, el contexto incluye el fondo del libro, que aclara la intención del autor al redactar toda la obra. Pero estas consideraciones merecen una sección aparte. En los ejemplos siguientes fijaremos nuestra atención preferentemente en el contexto inmediato, bien que será necesario, a los efectos de una buena interpretación, hacer referencia también a las demás normas. Aducimos unos ejemplos de exégesis a la luz del

contexto, ya que ilustraciones prácticas iluminan el principio mejor que mucha teoría. Pero el lector comprenderá que aquí se trata de señalar métodos generales, sin ánimo de dogmatizar sobre el sentido de textos de difícil interpretación.

Primer ejemplo. ¿Cuál es el sentido de la palabra “resurrección” en **(Fil 3:11)** y la frase “vivificar vuestros cuerpos mortales” en **(Ro 8:11)**?

Al leer los dos textos, podríamos pensar de entrada en la primera resurrección del cuerpo del creyente, ya que las Escrituras señalan repetidamente que el Espíritu Santo, sobre la base de la obra de Cristo en la cruz y la resurrección, efectuará, por sus santas energías, la resurrección de los muertos. Tropezamos, sin embargo, con la dificultad de que Pablo se expresa hipotéticamente: “*si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús*” **(Fil 3:11-12)**. ¿Puede ser que la “resurrección de entre los muertos” sea un objeto de deseo para el apóstol, quien se esfuerza por alcanzarlo? En **(1 Co 15:21-25)** (pasaje fundamental sobre la doctrina de la resurrección) leemos: “*Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida (parousia)*” **(1 Co 15:21-23)**. La doctrina, pues, de la resurrección escatológica nos enseña que la muerte vino por el primer Adán, pero que en Cristo, el postrer Adán, todos serán vivificados. Esto concuerda con toda otra mención de la resurrección corporal, que se garantiza a todo hombre en Cristo.

Procuremos echar la luz del contexto sobre el versículo en cuestión. Pablo, en el principio del capítulo tres de Filipenses, nos da una breve biografía espiritual de sí mismo. Había perdido gozosamente todo lo que aparentemente poseía como hebreo celoso y perseguidor de la Iglesia, con tal de alcanzar la gloriosa ganancia del conocimiento de Cristo **(Fil 3:7-9)**. Pero anhela profundamente que pueda progresar aún más en su vida espiritual: “*a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte*” **(Fil 3:10)**. Y a renglón seguido, sin interrupción de la continuidad del pensamiento, hallamos nuestro versículo **(Fil 3:11)** con su difícil referencia a la resurrección de entre los muertos como algo que deseaba conseguir. En todo el pasaje, hasta el versículo 16, sigue el tema de la madurez de la vida espiritual aquí en la tierra. Al final, en el conocido versículo 21, menciona con la seguridad de siempre la resurrección: “*el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas*” **(Fil 3:21)**. En esta referencia a la “primera resurrección” en la venida de Cristo, no hay anhelos ni incertidumbres de ninguna clase, sino todo lo contrario.

Deducimos, pues, que Pablo habla en **(Fil 3:11)** de la realización del significado de la resurrección en sentido espiritual durante su vida y servicio aquí, según su conocida forma de considerar al creyente como identificado en todo sentido con la muerte y resurrección de Cristo, continuando el pensamiento del versículo anterior. Era identificado con la muerte y la resurrección de Cristo en cuanto a su posición, pero anhelaba una perfecta conformidad con estos dos aspectos de la obra de Cristo. No se atrevió a decir que lo hubiese conseguido, pero seguía adelante con el fin de echar mano del designio de Cristo Jesús cuando echó su mano sobre Pablo al llamarle a su servicio.

Igualmente, a nuestro ver, y por la consideración del contexto, el “vivificar” de los cuerpos mortales de los creyentes en **(Ro 8:11)** se refiere en primer término a la operación del Espíritu en nosotros ahora, sin excluir la obvia verdad que un día lo hará en sentido literal.

De nuevo la frase debe ser interpretada por el contexto. Pablo no está hablando aquí de las últimas cosas, sino de la necesidad de andar conforme al Espíritu aquí abajo, que debe caracterizar a todo aquel que ya vive en la esfera del Espíritu. Antes realizábamos *“obras de muerte”*, por medio de cuerpos dedicados a la muerte, pero ahora en Cristo somos resucitados y estos mismos cuerpos son templos del Espíritu Santo, e instrumentos para la realización de obras de poder y de vida gracias a su poderosa operación en nosotros.

Segundo ejemplo. **(1 P 4:1)** *“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado”* (o terminó *“frente al pecado”* o *“en cuanto al pecado”*).

Léase el versículo en varias versiones, y nótese que *“padecer”* en los escritos de Pedro se emplea algunas veces como equivalente de *“padecer la muerte”* **(1 P 3:18)**. Nuestro versículo se relaciona precisamente con el 18, después del paréntesis algo difícil de **(1 P 3:19-22)**. El apóstol nota que Cristo *“padeció”*, o *“murió”*, *“en la carne”*, y ya se había dicho en el versículo 18 que era con referencia a nuestros pecados. En **(1 P 4:1)** (no hagamos caso de las divisiones en capítulos, que muchas veces oscurecen el sentido) Pedro exhorta a los creyentes a que se revistan del mismo propósito que el Señor, puesto que el que *“padeció”* (murió con Cristo) *“en la carne”* (aun en este cuerpo) terminó con el pecado. Por ende, como se echa de ver claramente en los versículos que siguen, no se manifiestan en estos creyentes (muertos ya al pecado) los malos deseos de los gentiles, sino una sumisión a la voluntad de Dios **(1 P 4:2-5)**.

Pedro, según las expresiones que le son peculiares, nos enseña exactamente lo mismo que Pablo en **(Ro 6:1-11)**, o sea, que nuestra identificación con la muerte de Cristo implica nuestra muerte al pecado, el que debiera ser tenido ya como algo ajeno a la vida del creyente, quien manifestará que ha terminado con el pecado en Cristo por una vida de separación y de santificación.

Tercer ejemplo. **(1 P 4:6)** *“Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios.”*

Léase en varias traducciones. Muchos lectores, fascinados por el misterio de la *“proclamación a los espíritus encarcelados”* en **(1 P 3:19)** (no dice *“la predicación del Evangelio”*) y viendo aquí una referencia a la predicación a los muertos, dan por sentado que la referencia es al mismo hecho. Pero *“espíritus encarcelados”* y *“hombres muertos”* son seres muy diferentes, y el pensamiento no se enlaza con el paréntesis de **(1 P 3:19-22)**, sino que arranca del versículo 18, recogándose también en **(1 P 4:1)**. Como vimos en el segundo ejemplo, Pedro habla allí del padecimiento (muerte) del Señor con referencia al pecado, y de la identificación del creyente con el mismo hecho, por el que llega a ser ajeno al pecado, lo que da por resultado una vida muy diferente de la del mundo con su idolatría y libertinaje. Los mundanos criticaban y difamaban a los santos precisamente porque se habían apartado de los caminos de maldad **(1 P 4:5)**. Sigue nuestro versículo, enlazado con lo anterior por las palabras: *“Porque por esto (las consideraciones antecedentes) ha sido predicado el evangelio a los muertos...”*.

Se trata, pues, de la distinción entre *“vivos”* y *“muertos”* en esta vida. Vemos de nuevo la coincidencia del pensamiento de los apóstoles Pablo y Pedro, ya que aquél define el estado del hombre natural como *“muerto en delitos y pecados”* **(Ef 2:1)**. El evangelio es el mensaje de la vida que se anuncia a hombres *“muertos”*, y a cuantos se humillan y creen que Dios les *“da vida juntamente con Cristo”*. Los juicios de los hombres seguirán su curso mientras estamos en el cuerpo, pero los creyentes *“viven según Dios”* en el espíritu, y el fin de todo juicio será lo que Dios manifieste delante de su alto tribunal.

Ejercicio

- I. Explique el texto de **(Ga 6:5)** con amplia referencia al contexto, solucionando cualquier problema que pudiera presentarse al leer también el versículo 2.

Hermenéutica - El fondo del libro

El libro

Dentro del concepto de una biblioteca divina que hemos formulado en cuanto a la totalidad de la Biblia, el libro es la unidad natural y divinamente ordenada. Corresponde a los expositores bíblicos señalar las secciones naturales interiores. Ya hemos visto que la división en capítulos es defectuosa, cortando a menudo los argumentos en lugar de destacarlos. Pero cada libro en sí es una unidad, constituyendo un volumen de la sagrada biblioteca, y hemos de estudiarlo como tal. La única excepción es la serie de libros históricos que se llaman 1 y 2 Samuel con 1 y 2 Reyes, que forman un conjunto, dividido desde tiempos muy antiguos por ser tan extenso.

El fondo del libro

Al señalar las dificultades de la interpretación de las Escrituras, notamos que porciones de esta literatura divina se escribieron durante el transcurso de 1.500 años, por una gran variedad de autores, siendo éstos muy diferentes en su cultura y procedencia social, y bajo la presión de una gran diversidad de motivos o necesidades. La unidad total se suple necesariamente por el plan divino detrás de esta diversidad, que, sin esta dirección divina, no pasaría de ser una colección de escritos dispares. No hemos de perder de vista ni por un momento que todos los volúmenes de la biblioteca divina adelantan en su medida la revelación y la historia del plan de la redención. Pero hemos de comprender también que cada uno lleva su signo y que fue redactado en determinadas circunstancias, por personas elegidas y preparadas por Dios, para cumplir una misión especial dentro del plan total. De ahí surge la gran importancia, desde el punto de vista exegético, de aprender todo lo que se pueda acerca del libro. Por el fondo queremos decir todo cuanto se relaciona con el autor: el momento en que vivió, el auditorio a quien se dirigió, con sus condiciones naturales y espirituales. También es preciso saber algo de la tierra donde moraba, y las circunstancias geográficas e históricas que directa o indirectamente se relacionan con la producción del libro. Hemos de considerar la clase (género) de literatura a la cual pertenece la obra; pero eso constituye un tema aparte, que se tratará más adelante. Quizá las preguntas más importantes que hemos de formular y contestar en el curso de nuestras investigaciones son éstas: “¿Por qué escribió el autor este libro? ¿Cuál es el propósito inmediato de esta producción literaria?”.

Las investigaciones sobre el fondo del libro bíblico se llevan a cabo mediante la ayuda de 1) evidencia externa, y 2) evidencia interna. A veces hay abundancia de evidencia externa que nos ayuda a situar el libro, como la arqueología, por ejemplo, en el caso de Los Hechos de los Apóstoles. Refiriéndose a este mismo libro, y a los cuatro Evangelios, hallamos también un número considerable de menciones y citas en las obras que se han conservado de los llamados Padres apostólicos del siglo segundo, así como en las de otros autores cristianos de los primeros siglos de nuestra era. De gran interés son las notas sobre la época diseminadas por las obras de Flavio Josefo, el historiador judío. Gracias a los modernos descubrimientos arqueológicos se aumenta cada vez más la evidencia externa del fondo de todos los libros bíblicos. Otra luz muy importante es la que otros libros bíblicos pueden arrojar sobre el que estamos estudiando. Llega a ser imponente el conjunto de esta evidencia externa y es en sí una amplia esfera de estudio.

La evidencia interna es la que podemos sacar de cada libro por notar, en su contexto, todo cuanto se relaciona con el autor, los lectores y las circunstancias del momento. Para la Epístola a los Hebreos no existe más que la evidencia interna. Pero es notable lo que podemos saber del fondo de esta gran carta por analizar los conceptos que ella misma encierra.

Manuales bíblicos

Los estudiantes de hoy son afortunados por disponer de muchos libros de referencia que suplen, en forma conveniente, los datos más esenciales en cuanto al fondo de los libros bíblicos.

La geografía bíblica

Dios escogió cierto escenario para explayar las maravillas del plan de la redención. El centro de este escenario es la tierra de Israel, pero abarca también los países comprendidos desde Persia hasta Italia, o sea, la parte oriental de lo que ahora llamamos Europa (que es un concepto moderno) y el Medio Oriente. El estudiante debiera hacerse amigo de buenos mapas que representan estas tierras bíblicas.

1) Israel. Es una tierra muy limitada en extensión, pero ha adquirido por la elección divina una importancia que la hace ser el eje del mundo. Es preciso notar su posición entre el Mar Mediterráneo y los desiertos de Arabia, pues de ella depende su carácter de pasillo por donde habían de pasar los emigrantes, los comerciantes y los ejércitos de los conquistadores (o de los derrotados) que querían transitar entre los grandes imperios que ocupaban Mesopotamia, por una parte, y el valle del Nilo por otra. Los accidentes orográficos permanecían y permanecen iguales, influyendo silenciosamente en el desarrollo de la historia, pero el mapa político iba cambiando constantemente, de modo que ha de estudiarse según la época de que se trata: la patriarcal, la de la conquista bajo Josué, la de los Jueces, la de la monarquía bajo David y Salomón, la de la división de los reinos israelitas, la de los tiempos herodianos, etc.

2) Los grandes imperios. Los imperios que más influyeron en la vida de Israel, y por consiguiente en la composición de los libros bíblicos, son: Asiria y Babilonia (que ejercían alternativamente la hegemonía de Mesopotamia, o sea, las tierras regadas por los grandes ríos Eufrates y Tigris), Persia, Grecia y Roma. Para la debida interpretación de sus muchos libros es preciso que el lector de la Biblia adquiera conocimientos de los fluctuantes límites de estos imperios, con sus principales ciudades.

3) Son importantes los países que lindaban con Israel, sujetos a veces al pueblo de Dios, y enemigos otras, empleados a menudo como varas en la mano de Dios para el castigo de su pueblo infiel. Todos estos países tocaban la historia de Israel en algún momento, y con variable intensidad: Siria al Norte (que no ha de confundirse con Asiria), Moab, Amón, Edom, Filistea y Fenicia (ahora el Líbano). Es importante poder localizarlos en un mapa, y recordar el nombre de sus ciudades más destacadas.

4) Deben conocerse las tierras que mediaban entre Jerusalén y Roma en los tiempos de San Pablo, y que constituían el escenario de la evangelización de los gentiles bajo la guía de este gran apóstol. En ellas se hallan las bases de Jerusalén, de Antioquía en Siria, de Tesalónica, de Corinto y de Efeso, desde las cuales el Evangelio se extendió por toda aquella parte oriental del Imperio de Roma, y que forma el fondo geográfico de los Hechos y de las Epístolas.

La historia de los tiempos bíblicos

Si es importante el escenario, aún más lo son los grandes hechos históricos que van jalonando el desarrollo del plan de la redención. Lo más importante se halla en la Biblia misma, y el centro es siempre el pueblo escogido. Pero debiéramos adquirir conocimientos sobre lo más destacado de la historia de los países e imperios en cuanto rozan con la de Israel. Pensamos especialmente en la de Asiria desde el reinado de Tiglat Pileser III en adelante; la del renovado imperio de Babilonia (que fue medio en las manos de Dios para castigar al pueblo rebelde, destruyendo tanto el trono como el templo); la de Persia, que interesa por el contenido de Daniel, Esdras, Nehemías y Ester; la de Grecia, a la que se alude proféticamente en Daniel, y cuya breve hegemonía preparó no sólo el idioma del Nuevo Testamento, sino también muchas de las características de la civilización que vemos en operación en los tiempos del Señor y de los apóstoles. Roma ocupa un lugar preeminente, por sus relaciones con los principios de la Iglesia, como también por su lugar en la palabra profética.

El estudiante no debe desanimarse ante la tarea, pues no sugerimos que aprenda todo lo señalado en un periodo de meses, sino que, si de verdad le interesa entender exactamente la Palabra divina, vaya adquiriendo estos conocimientos poco a poco. Es notable lo que se puede hacer con esfuerzos ordenados acompañados de entusiasmo, durante un periodo de años. La tarea es ardua, pero a la vez muy grata, ya que por ella nuestra comprensión de la Palabra va siempre en aumento, lo que en sí es un rico galardón.

La fecha

Cada libro se sitúa en un distrito geográfico concreto y en un periodo determinado de tiempo. La pregunta “¿Cuándo se escribió este libro?” es de gran importancia, ya que las condiciones espirituales del pueblo variaban constantemente, y de ellas surgían los mensajes. Los profetas Jeremías y Ezequiel eran contemporáneos, profetizando ambos en los años anteriores a la destrucción de Jerusalén (amén de algunas profecías posteriores), lo que determina la naturaleza de sus oráculos. Las marcadas diferencias obedecen a diferencias en el escenario y en el auditorio, puesto que Jeremías ministraba dentro de la ciudad rebelde de Jerusalén, mientras que Ezequiel quería educar a los cautivos que se hallaban ya en Mesopotamia, frente a la tragedia que se precipitaba hacia su fatal desenlace en la patria. La misión profética de Isaías es muy parecida en su esencia a la de los dos profetas mencionados, pero surgen importantes diferencias y matices en vista de que profetizaba en Jerusalén durante el siglo octavo, mientras que los “profetas del fin” proclamaban su mensaje de juicio al principio del siglo sexto antes de Cristo. Bastante se ha dicho para que el estudiante se interese en la fecha de los libros, que, aun tratándose de un periodo mucho más limitado, tiene igual importancia en el Nuevo Testamento que en el Antiguo.

La ocasión del libro

Desde el punto de vista de la exégesis de un libro, la consideración de mayor importancia es la siguiente: ¿Por qué se escribió? Aun en estos días de la multiplicación desmedida de publicaciones (alguna razón tendrá el autor al dar una obra al público), pero en la antigüedad costaba mucho más plasmar los pensamientos en un escrito. Además, los libros de esta biblioteca divina fueron seleccionados por el Espíritu de Dios, lo que da un realce especial tanto a la ocasión inmediata como al mensaje permanente.

En cuanto al hermoso Evangelio según San Juan, se nos explica el porqué del escrito en el libro mismo: *“Estas (señales) se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn 20:31)*. A lo que podríamos añadir otros versículos clave como **(Jn 1:14,18)** **(Jn 3:16-17)**, etcétera. Los cuatro Evangelios se escribieron para dar a conocer la *“gloria de Dios en la faz de Jesucristo”*, bien que se distinguen por presentaciones diferentes y complementarias, según el propósito inmediato del autor.

Las epístolas ofrecen buenos ejemplos de escritos que se motivaron por circunstancias claramente determinadas, y que han de tomarse en cuenta cuidadosamente si hemos de llegar a una exégesis adecuada. La Epístola a los Gálatas, por ejemplo, se redactó con el fin de salvar a ciertas iglesias de la provincia de Galacia del peligro de dejarse arrastrar por las doctrinas de los judaizantes, o sea, los judíos que había aceptado a Jesús como su Mesías nacional, pero creían que los convertidos gentiles debían entrar en el redil del judaísmo mediante el rito de la circuncisión, para luego someterse a las demandas de la Ley de Moisés. La urgencia de la ocasión impone una gran homogeneidad sobre el escrito, hasta el punto de que no hay un solo texto que no tenga referencia al propósito. Si desconociéramos la ocasión perderíamos mucho del sentido de la presentación magistral y fuerte de la doctrina apostólica en esta epístola.

La primera Epístola a los Corintios también fue motivada por unas noticias y cartas que Pablo había recibido de la iglesia. Pero en este caso la situación era compleja, y es más difícil en ciertos pasajes discernir el porqué de la contestación o aclaración apostólica. Pero con todo, muchos puntos se iluminan si se consideran sobre el fondo de las circunstancias que podemos vislumbrar. En la sección sobre géneros literarios tendremos ocasión de mencionar el propósito detrás de los Libros de Crónicas, que sirve de clave para comprender el principio de selección que admite o excluye ciertos incidentes históricos.

Consejos prácticos

Suponemos que el estudiante de las Escrituras que se interesa en considerar las normas exegéticas de esta pequeña guía se habrá preocupado también por adquirir compendios y manuales que le provean de las ayudas precisas para orientarse sobre el fondo de los libros bíblicos. Recomendamos que antes de estudiar un libro el estudiante lo lea varias veces, seguida y cuidadosamente, en varias traducciones. Al mismo tiempo puede ir recopilando datos sobre el fondo, utilizando las ayudas que tenga a mano. Después debe poder distinguir el análisis del libro, o sea, el desarrollo del pensamiento, destacando las secciones y subsecciones naturales. Conociendo ya el fondo y el contexto, estará preparado para examinar el texto minuciosamente, según las indicaciones anteriores, y por fin, y siempre que busque humildemente la iluminación del Espíritu Santo, se habrá posesionado de estos tesoros que su Padre celestial ha provisto para el aumento de su riqueza espiritual.

Ejercicios

1. ¿Qué figura escoge el Apóstol para hacernos comprender las verdades de **(Ef 6:10-17)**? ¿Tiene alguna relación con lo que veían a menudo los receptores de la carta?
2. Enumere las cosas que necesitaríamos conocer para comprender bien todo lo que hay en el libro de Los Hechos. Razone su contestación.

Hermenéutica - Las doctrinas fundamentales de las Escrituras

El valor de las normas doctrinales

En la tercera lección presentamos aquellos postulados generales que el evangélico fiel admite como necesarios para la fiel exégesis de cualquier pasaje determinado de la Biblia. Entre ellos se hallaba la unidad esencial de la Biblioteca divina, cuyo autor es el Espíritu Santo, cuyo tema es Cristo y cuyo propósito es el de declarar la revelación que Dios ha dado de sí mismo, juntamente con la historia del desarrollo del plan de la redención. Esta unidad de propósito, realizada por el Autor divino, determina también la unidad de doctrina, pues es inconcebible que tal Autor pudiese enseñar ciertos principios básicos en un sector de su Libro, y negarlos en otros. Este hecho nos provee de un método de comprobación en el detalle de la exégesis, especialmente cuando se trata de porciones que se consideran difíciles, pues el detalle no ha de contradecir las grandes enseñanzas básicas de la Biblia en su totalidad.

Es necesaria una advertencia. La norma de las grandes doctrinas no justifica la tendencia de soslayar el claro sentido de cualquier pasaje, debidamente considerado en su contexto, en aras de unas presuposiciones, por las que el estudiante razona: “Dios no puede hacer esto o aquello porque no se concibe que eso quepa dentro de sus planes, y por lo tanto hemos de espiritualizar o sublimar estas declaraciones”. Por ejemplo, hay muchos buenos evangélicos conservadores que estudian las múltiples descripciones de un reino de Dios implantado en la tierra después de la venida gloriosa del Mesías, según se hallan en casi todos los libros proféticos, con clara referencia a la tierra y el pueblo de Israel, y elaboradas con un gran lujo de detalles que solamente tienen sentido en relación con un reino que ordena la vida de Israel y la de las naciones aquí abajo, antes de la gran transformación del universo. Suelen razonar de esta forma: “Ya que la pared intermedia entre Israel y los gentiles se derrumbó por la Cruz, y la resurrección de Cristo inauguró una nueva creación espiritual, no puede haber ya un “milenio” literal en la tierra, de modo que hemos de espiritualizar todas estas descripciones”. Las premisas son exactas y las razones tienen cierta apariencia de espiritualidad y de discernimiento, pero de hecho el silogismo se basa sobre presuposiciones humanas, y no sobre doctrinas fundamentales. Más sabio es aceptar el hecho de la diversidad de los caminos del Señor, dentro de la unidad de su gran plan total para los siglos, reconociendo que la desaparición de la pared intermedia en la Iglesia no implica que Dios no tenga su manera de cumplir las múltiples promesas específicas dadas a su pueblo escogido, como también de manifestar la gloria de la nueva creación a través de muchas facetas.

Las grandes doctrinas

Muchos evangélicos han sido enseñados a no conceder ninguna importancia a los grandes credos de la Iglesia antigua o a las confesiones de los reformadores, por considerarlos como algo impuesto sobre la Palabra misma. Lejos esté de nuestro ánimo admitirles valor, sino en la medida en que concretan verdades bíblicas. Pero el hecho es que se formularon frente a conceptos heréticos que querían apoyarse sobre ciertos textos bíblicos, sin tomar en cuenta la enseñanza de la totalidad de las Escrituras. Los credos y confesiones representan el intento de hacer resaltar la verdad bíblica después de un examen, hecho por esclarecidas mentes, de todos los factores y no de algunos

solamente. El llamado “Credo de los Apóstoles” es un resumen de las declaraciones que habían de aceptar los catecúmenos antes de ser recibidos al bautismo durante la segunda mitad del siglo segundo (bien que la redacción que conocemos se hizo más tarde) y frente a los errores de los gnósticos. El Credo niceno (principios del siglo cuarto) definió la plena divinidad de Cristo frente a los errores de los arrianos tantas veces repetidos de una forma u otra a través de los siglos. El de Calcedonia intentó resumir la doctrina bíblica en cuanto a la persona de Cristo, insistiendo en las “dos perfectas naturalezas, la divina y la humana, en una sola persona indivisible”. Este resumen queda como la mejor expresión de una verdad fundamental, frente a múltiples, extraños y peligrosos errores. Los credos antiguos tratan más bien de la persona de Cristo, aunque además hacen constar otras verdades fundamentales; pero poco se dijo de la obra de expiación. Las confesiones de las iglesias de la Reforma dicen más, ya que la doctrina de la justificación por la fe era piedra angular de la Reforma.

“¿No es mejor sacar todo eso directamente de la Biblia?”, preguntarán muchos lectores. Pudiendo hacerlo, sí; pero es fuerza confesar que pocos creyentes están equipados para dar explicaciones claras, completas y contundentes sobre las grandes doctrinas frente a las sutilezas de los errores satánicos que, según sus autores humanos, se sacan de las Escrituras. Es verdad que “se sacan” de la Biblia, pero no se fundan sobre la totalidad de ella. La refutación exige conocimientos muy exactos, y a veces se necesita poder hacer referencia al sentido preciso del original. Frente a las nebulosidades de los sectores liberales del Protestantismo, los fieles se ven precisados cada vez más a formular “bases de fe”, que vienen a ser los credos de nuestros tiempos. Dejando aparte los puntos que reflejan obvias tradiciones eclesiásticas (y el delicado asunto de la forma del bautismo), los estudiantes serios de las Escrituras harían bien en dar consideración a los credos mencionados arriba. No deben buscar en ello una norma autoritaria de creencias, sino comprobar lo que nuestros antepasados, tras reñidas luchas contra peligrosos errores, creyeron necesario hacer constar en cuanto a las doctrinas fundamentales. Por lo menos sirven de faro, avisándonos dónde hay peligro y llevándonos a un escrutinio más intenso de la Palabra.

Entre las grandes doctrinas que hemos de tener en cuenta siempre al interpretar las Escrituras, son de importancia extrema las siguientes:

- 1) Dios existe eternamente en una bendita tri-unidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo, que conocemos por la revelación de las Sagradas Escrituras.
- 2) Dios es el Creador de todas las cosas, y Sustentador de sus obras.
- 3) El hombre fue creado en imagen y semejanza de Dios, por un decreto especial divino, dotado de una naturaleza espiritual además de la material, por lo que puede conocer a Dios y glorificarle, que es el objeto principal de su existencia.
- 4) El hombre, creado en inocencia, cayó en el pecado por un acto de desobediencia, y de esta caída surgen todos los males que afligen a la humanidad.
- 5) La perfecta naturaleza divina del Señor Jesucristo se une indisolublemente a su perfecta naturaleza humana, sin pecado, siendo su persona eternamente indivisible, y vehículo de la plenitud de Dios.
- 6) El Señor Jesucristo es el único Salvador de los hombres, y único Mediador entre Dios y los hombres, habiendo llevado a cabo la obra de la propiciación, expiación y redención por medio del sacrificio de sí mismo, en la consumación de los siglos, en la Cruz del Calvario.

7) El Señor Jesucristo resucitó corporalmente y ascendió a la diestra de Dios, desde donde él solo administra los frutos de su obra de salvación, hasta consumir su reino e introducir la nueva creación en su plenitud.

8) El hombre pecador se salva por medio de Cristo y su obra, que ha de recibir por el arrepentimiento sincero y una fe vital. Por tal medio el pecador puede ser perdonado, justificado, redimido y reconciliado con Dios. Desde otro punto de vista es regenerado y participa de la vida de Dios por medio de Cristo y la operación del Espíritu Santo.

9) El Espíritu Santo fue realmente dado a la Iglesia en el día de Pentecostés. El solo da unidad espiritual a la Iglesia, que es el conjunto de todos los verdaderos creyentes: regenerados éstos, y unidos vitalmente los unos con los otros y con la cabeza, que es Cristo.

10) Habrá una primera resurrección para vida, que incluirá a todo creyente, y una segunda resurrección para juicio y condenación para todos los rebeldes.

11) Los hechos que se presentan en los Evangelios son históricos, bien que reflejan pensamientos eternos de Dios. Toda la Escritura es inspirada divinamente, entendiéndose por “inspiración” un acto especial de Dios, quien dio a conocer su voluntad a través de los siervos que había escogido. De modo que toda la Biblia es Palabra de Dios en sí, y única fuente y norma de la verdad.

Comprobando el texto por medio de las grandes doctrinas

Es buena regla exegética que “lo oscuro ha de interpretarse por lo que es claro”. No debiera extrañarnos si hallamos puntos difíciles en la Biblia, con aparentes contradicciones, si recordamos lo que hemos expuesto en lecciones anteriores. Pues es inevitable que la expresión de las verdades fundamentales varíe según la época en que vivió el autor humano, las circunstancias en que escribió, la época de su testimonio, el estado espiritual de las personas que habían de recibir el mensaje y la etapa del desarrollo del plan de la redención. Pero Dios nos ha dado declaraciones muy claras sobre puntos fundamentales en determinados pasajes clave. Pensamos especialmente en el cometido de los apóstoles que declararon la *“fe que ha sido una vez dada a los santos”* (**Jud 1:3**). Por ejemplo, se hallan ciertos textos, aun en el Nuevo Testamento, que hablan del valor permanente de la Ley de Moisés como revelación de la voluntad de Dios y como *“instrucción en justicia”*. Pero estas referencias han de entenderse a la luz de los grandes pasajes en los que Pablo señala claramente el carácter transitorio de la Ley como sistema (**Ro 3,4,10**) (**Ga 2 al 4**) (**2 Co 3**). De ninguna manera deben utilizarse para situarnos bajo distintos tipos de legalismo, robándonos la plena certidumbre de nuestra justificación en Cristo, o colocando de nuevo el yugo de la Ley sobre los hombros de quienes son ya hijos adoptivos del Omnipotente (véanse más ejemplos típicos abajo).

La importancia de los “doctores” en la Iglesia

Vivimos en días cuando la evangelización de las multitudes interesa más que la sana doctrina y la búsqueda de los tesoros de la Palabra por medio de una exacta exégesis de la misma. Pero la experiencia prueba que no es posible llegar a formar iglesias (y grupos de iglesias) estables si la labor de los evangelistas no es seguida por la enseñanza de los doctores y el cuidado de los pastores (**Ef 4:11-15**). Cuando mengua el natural entusiasmo que se despierta al ver cómo las almas confiesan al Señor (algunas con sincero corazón y otras llevadas por el excitamiento carnal), sobrevienen los problemas de la vida cristiana, que ha de desarrollarse en medio de las circunstancias adversas y engañosas de este

mundo. Si entonces no hay quien dé de comer a los recién nacidos, primero la “leche” de la Palabra y luego el “manjar sólido”, el fuego del entusiasmo se vuelve en el acre humo de confusiones, de divisiones y del mal testimonio de muchos que aún toman el nombre del Señor en sus labios. Hace falta la disciplina y el entrenamiento en justicia que sólo se consiguen por la Palabra enseñada en la potencia del Santo Espíritu, por siervos de Dios dotados para este ministerio, y que sean respetados y escuchados por los niños y neófitos (2 Ti 3:14-17) (2 Ti 2:2,11). ¡Ay de las iglesias que carecen de doctores, o que, teniéndolos, desprecian su ministerio!

Ejemplos

1) (1 Ti 4:10) *“El Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen.”*

Este texto, fuera de su contexto, y sin enfocar en él la luz de las grandes doctrinas, podría interpretarse en el sentido de que Dios ha de salvar a todos los hombres, creyentes o no, si bien estos últimos tendrán mayor bendición. Tal es la doctrina que se llama “universalismo”. Pero el conjunto de los claros pasajes bíblicos sobre la salvación y la condenación nos dice con suma claridad que la condición para la salvación es la sumisión del alma que se arrepiente y cree de corazón en Cristo. Si el hombre es incrédulo, “la ira de Dios está sobre él” (Jn 3:36) y “ya es condenado” y “perdido” (Jn 3:14-21). Otros muchos pasajes hablan de la “condenación eterna” igual que de la “vida eterna”. No podemos admitir, pues, ninguna interpretación del texto citado que no esté en armonía con el conjunto de esta clara doctrina bíblica. A la luz de las doctrinas básicas, pues, discernimos este sentido: Vale la pena seguir la piedad (contexto), ya que es provechosa para la vida venidera. Y los altos planes y propósitos de Dios hacen que sean llevaderos todos nuestros trabajos y sufrimientos en su servicio, porque esperamos la consumación de los designios del Dios viviente, quien es única Fuente de vida, y el que pone al alcance de todos los hombres su salvación, siendo potencialmente su Salvador, bien que son los creyentes los que se aprovechan de tan precioso don y de las bendiciones que surgen de él.

2) (Col 1:20) *“Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.”*

De nuevo estamos ante un versículo que parece, a primera vista, enseñar el “universalismo”, o sea la salvación de todos los hombres al fin. Los mismos pasajes de antes prohíben tal interpretación, y hemos de entender “reconciliar” o “pacificar” en el sentido de “quitar todo obstáculo que quisiera oponerse a la voluntad de Dios”. Nosotros los creyentes, doblegamos la rodilla delante de Dios ahora, de voluntad, agradecidos por su gran obra salvadora, y quisiéramos someter nuestra voluntad en todo a la suya. Sobre la base de la misma obra de la Cruz (donde el diablo fue “echado fuera”) toda rodilla tendrá que doblegarse en un día futuro, quiera o no. Así las esferas terrenales y celestiales serán “reconciliadas” o “pacificadas”, pero eso no impide la condenación de los que son rebeldes de voluntad.

3) (Ro 2:6-11) *“El cual (Dios) pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos...”*

Parece a primera vista indicar que, por lo menos en el caso de los gentiles de quienes se trata en el contexto, algunos, por perseverar en buenas obras, conseguirán la vida eterna. Surge el problema: ¿Cómo puede concordar esto con (Ro 3:20-23): *“Por las obras de la*

ley ningún ser humano será justificado delante de él... todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”?

Obviamente la doctrina general de las Escrituras se halla en el capítulo 3 de Romanos y en tantos otros pasajes, y aleccionados por ella hemos de buscar el sentido del texto citado en el contexto, donde el apóstol no ha llegado aún a la exposición de su gran doctrina de la justificación por la fe, sino que se dirige a los moralistas (sean gentiles o judíos) que reprenden los vicios abiertos de los paganos idólatras, al par que, bajo la capa de sus hipócritas pretensiones, esconden los mismos pecados que han cometido por lo menos en intención. El apóstol establece, pues, las líneas generales de la justicia y los juicios de Dios, haciendo ver que Dios escudriña los corazones, que no hace acepción de personas, que él sabe quiénes son los que le buscan y quiénes son los contenciosos. Según estas santas e invariables normas, él nota a quienes le buscan de corazón, y aumentando su luz, los conduce (siempre sobre la base de la obra de la Cruz) a la vida eterna. En cambio, los rebeldes serán juzgados “según sus obras”, que están abiertas al ojo del Omnisciente. Aquí el “bien hacer” no es el medio para conseguir la vida eterna, que estaría en abierta contradicción a pasajes como **(Ef 2:8-9)**, sino la señal de un corazón sumiso que busca a Dios, y que Dios reconoce dondequiera que se halle.

Ejercicios

1. ¿Qué contestaría a alguien que le dijera lo siguiente: “La parábola del hijo pródigo demuestra que no hace falta la muerte de Cristo, ya que allí se perdona con el arrepentimiento solamente”?
2. ¿Qué doctrina nos enseña el texto **(Mr 10:45)**?

Hermenéutica: El lenguaje de las Escrituras

La variedad de las formas lingüísticas

La expresión del pensamiento por medio de palabras es una facultad especial que Dios ha concedido al hombre. Constituye una de las mayores glorias de la raza hecha a imagen y semejanza de Dios. En el curso de la historia, el hombre ha desarrollado esta capacidad innata de distintas maneras, creando una gran variedad de formas literarias y adaptando la misma facultad de expresión a los asuntos científicos y técnicos. La expresión varía, no sólo según el idioma, sino también dentro del mismo idioma, según la presión del medio ambiente, el impulso de factores psicológicos y el grado de cultura. Por nuestra propia experiencia sabemos que los campesinos, que no tienen costumbre de leer mucho, pero que están en contacto con la vida del campo, se expresan de una forma, mientras que los habitantes de las ciudades de poca cultura tienen su modo distinto de hacerse entender. Personas de más cultura sienten la influencia de las ideas sacadas de los libros, que expresan por un vocabulario más amplio. Pasando al uso especializado del lenguaje, los poetas plasman distintos aspectos de la vida —con referencia especial a la hermosura en general y a las emociones y estado de ánimo del individuo— en formas armoniosas y rítmicas. Los filósofos han desarrollado sus propios medios de expresión, y los científicos de las múltiples especialidades de la ciencia los suyos, en los que los números y los signos juegan un papel importante. No sólo eso, sino que los hombres, desde sus principios, han adornado y enriquecido la expresión hablada y escrita por medio de figuras, que sirven de ilustración del concepto, siendo algunas de ellas hasta tal punto una parte integrante del habla común que las empleamos sin darnos cuenta.

En un capítulo anterior insistimos en la necesidad de examinar bien el texto bíblico que tenemos delante, que abarca desde luego estas cuestiones lingüísticas, puesto que, para una recta exégesis, es necesario determinar el género literario del libro que estamos estudiando, el ambiente cultural de la época en que se escribió, fijándose a la vez en los elementos figurados o simbólicos. Si roza el contenido del pasaje con cuestiones científicas o históricas, tendremos que considerar la relación que pueda existir entre la ciencia y la historia de los estudios seculares. Hemos de dedicar espacio en capítulos sucesivos a algunas de estas cuestiones, pero adelantamos aquí unos factores básicos que es necesario tomar en cuenta siempre.

Unos factores básicos

1) La Biblia presenta la revelación que Dios da de sí mismo, como también el desarrollo del plan de la redención. He aquí un hecho fundamental que hemos tenido ocasión de destacar varias veces, en vista de su importancia fundamental para la interpretación de las Escrituras. Reiteramos que todo lo que la Biblia dice, y la forma en que lo expresa, se adapta a esta finalidad. Si tenemos en cuenta este principio, no buscaremos en las Sagradas Escrituras lo que no pretenden darnos.

2) Cada porción de las Escrituras se dirigió a determinados sectores de ciertas generaciones de la raza, y por ende tenía que expresarse en el idioma cultural de la época. Existe un acervo común de conocimientos, experiencias, ideas y conceptos, que es el patrimonio de todo hombre civilizado. Pero además se va formando cierto “clima” que es peculiar a cada etapa de las sucesivas civilizaciones. De modo que conceptos y expresiones que son muy apreciados por los hombres de una generación pasan de moda

y se hacen hasta ridículos en la sucesiva. Si meditamos por un momento este hecho tan evidente, comprenderemos que fue imposible que las distintas porciones de las Escrituras se redactasen en lenguaje moderno, pues lo que es moderno hoy será anticuado mañana, y lo moderno nuestro habría sido, en gran parte, incomprensible anteriormente. Por necesidad, pues, los autores sagrados hablan el lenguaje de su época. Esto no obsta para que la personalidad y la preparación del autor humano se impriman sobre la obra escrita, siempre dentro de su época y bajo la dirección última y final del Espíritu Santo.

3) Aplicando el principio anterior a las porciones que rozan con cuestiones científicas, podemos notar lo siguiente:

a) Según el apartado 1 la Biblia no tiene por qué dedicar largas secciones a describir hechos y procesos de la naturaleza que los hombres pueden investigar por su cuenta, sin necesidad de una revelación. Cuando se notan estos hechos y procesos de paso, podemos esperar que lo que realmente dicen las Escrituras, en el idioma común de la época del escrito, no ha de contradecir los hechos probados de la ciencia, ya que ésta no es más que la descripción sistemática de algunas de las obras de Dios. Las contradicciones surgen del intento de concordar lo que algunos creen que las Escrituras declaran (según criterios limitados y distanciados de la sana exégesis) y las teorías sin probar de la ciencia. La naturaleza se describía siempre tal como parecía al ojo del observador, quien no tenía por qué expresarse en una jerga científica que no se había inventado aún.

b) Se redactan las descripciones bíblicas en lenguaje llamado fenomenal, o sea, según el aspecto de lo que se presenta a los cinco sentidos, y sin necesidad de investigar más a fondo la naturaleza esencial del objeto o proceso que se describe. Nosotros hacemos igual cuando decimos que “el Sol se levantó a las seis”, o que “se puso a las siete y media”. Si nos acordamos de las lecciones de la escuela, sabemos que el Sol, con referencia a la Tierra, no se mueve, mientras que el globo terráqueo gira sobre su eje. De modo que es el observador el que se mueve, juntamente con la superficie de la Tierra, cambiando su posición frente al Sol. Pero basta que aparentemente el Sol salga por encima del horizonte oriental, y baje detrás del occidental, para que digamos con verdad, en cuanto al fenómeno observado: “El Sol se levanta”, o “El Sol se pone”. Normalmente es un error buscar anticipaciones de la ciencia moderna en el lenguaje bíblico. Sin duda, conforme a una doctrina real de inspiración, es posible que el autor se haya expresado con más exactitud de lo que él mismo comprendía. Pero por lo general todo se explica por la inteligente observación del fenómeno, ya que el propósito del mensaje siempre sería espiritual, y no científico.

c) Con todo, el proceso de inspiración siempre guardaba a los autores de caer en los errores de su época. Cada época tenía su propio concepto de la construcción del universo y de los procesos naturales, y la literatura antigua abunda en descripciones de sistemas cosmológicos, o sea, teorías sobre el funcionamiento de la Tierra, la Luna, los planetas y los astros. El ptolomeico, que era sensato en su tiempo, concebía un sistema en el que la Tierra era el centro, girando a su alrededor, en esferas invisibles, el Sol, los planetas y los astros. Otros sistemas eran ridículos, y se asociaban estrechamente con el abundante politeísmo de las naciones paganas. Pero fuese el sistema sensato o absurdo, las Escrituras no se comprometían con ninguno —ni siquiera con el sistema copérnico que rige hoy—, pues la verdad de Dios quedaba firme por encima de todas las fluctuaciones de las teorías humanas, y los inspirados siervos de Dios eran llamados para anunciar esta verdad en las circunstancias de su día.

4) La Biblia había de entenderse por los hombres de todos los tiempos. Precisamente por esta sencillez, que huye de lo técnico del día y se expresa en el lenguaje común de un

observador fiel de entonces, la Biblia, en su mensaje esencial, puede entenderse por los hombres de todos los lugares y tiempos. Esto no quiere decir que el fondo no presente dificultades, sino que, por ser tan humano el lenguaje, y tan universal y divino el mensaje, se presta a la traducción en todos los idiomas, y lleva la convicción del pecado y el conocimiento de la salvación —amén de todas las riquezas de la revelación— a todos los hombres de buena voluntad de todas las razas y épocas. De ahí que la Biblia es por muchísimo el libro más extendido y leído de la literatura universal, dedicándose las Sociedades Bíblicas a editar millones de ejemplares y porciones de ellas todos los años.

5) La Biblia presenta la historia según la finalidad dominante del Libro. Los libros históricos de la Biblia se escribieron con un propósito moral y espiritual, además de señalar el desarrollo de los planes de Dios para su reino. Por eso unos pocos renglones bastan a los autores para tratar de un mero potentado del mundo, mientras que consagran largas secciones a personas desconocidas por la historia secular —o por lo menos de una importancia muy relativa en ella—, ya que el criterio de selección se determina por los grandes principios morales y la relación de cada acontecimiento con el plan de la redención. Para la historia secular Abraham es la cabeza legendaria de una raza que llegó a desempeñar un papel bastante importante en los acontecimientos del mundo, especialmente por medio de lo que se llama su genio religioso. En cambio, en la Biblia, Abraham es el instrumento escogido por Dios para iniciar una nueva e importantísima etapa de la historia de la redención, y su llamamiento es un momento eje que solamente es rebasado en importancia por la venida al mundo del Mesías, con el cual, por añadidura, tiene estrecha relación. Por eso hallamos todo un “Libro de Abraham” encajado en el Génesis, y su nombre se halla diseminado por toda la Biblia, mientras que poquísimos de los monarcas contemporáneos del patriarca se mencionan, y eso sólo en la medida en que rozan con la vida de Abraham. Guiados por este claro ejemplo nos será fácil discernir el criterio de selección en muchas otras porciones históricas y biográficas.

6) En la Biblia Dios se describe a menudo en términos antropomórficos. “*Dios es Espíritu*”, declaró el Maestro a la mujer samaritana (**Jn 4:24**). Este hecho trascendental dificulta enormemente la expresión de las grandes verdades acerca de su persona, ya que los hombres, aun teniendo su parte espiritual, están aún en el cuerpo y reciben sus impresiones y conocimientos a través de los cinco sentidos. Cuando se trata de la persona de Dios y de la esfera espiritual y eterna, por desconocer nosotros la forma de la realidad eterna, ésta tiene que expresarse por figuras y símbolos. Entre ellos, y refiriéndonos a la persona de Dios, hallamos los llamados “términos antropomórficos”, o sea, que los autores describen a Dios y su obra como si tuviera un cuerpo humano (anthropos = hombre, y morphe = forma, en el griego). Así hallamos muchas referencias al “*brazo de Jehová*”, o a la “*mano del Señor*”, o a los “*ojos*” de Jehová. Por ellas los sencillos o ignorantes suelen formarse una idea de Dios como si fuera un Ser grande, poseyendo un cuerpo como el de un hombre. Pero tal concepto (y conste que simpatizamos con quienes ignoran por sencillez o por falta de instrucción) rebaja el sublime concepto del Eterno, a quien nadie ha visto ni puede ver con estos ojos de la carne (**Jn 1:18**) (**1 Ti 6:16**). Desde luego, el “*brazo*” habla de sus poderosas intervenciones en los asuntos humanos, la “*mano*” de su ayuda a favor de los suyos y los “*ojos*” de su omnisciencia.

Las teofanías, o manifestaciones de Dios en el Antiguo Testamento, a menudo bajo el título del Ángel de Jehová (**Gn 16:7-13**) (**Gn 18:1-33**), no son revelaciones de la persona y ser de Dios en su esencia, sino manifestaciones parciales, limitadas a los efectos de la necesaria comunicación de Dios con sus siervos, y ordenadas según los abundantes recursos del Omnipotente.

Los términos “Hijo” y “Primogénito”, aplicados a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, han de entenderse de una forma parecida. No se ha de pensar en lo que es un hijo en la experiencia del hombre mortal, y luego cometer la torpeza de decir en efecto: “Si un hijo humano es engendrado por un padre anterior a sí mismo, también la existencia del Hijo tuvo un principio y el Padre es anterior a él. La verdad es que Dios se digna utilizar tales términos con el fin de darnos algún concepto de lo que en sí es inefable e incomunicable. Para los hebreos un hijo es uno que participa en la naturaleza de otro con personalidad distinta. Así el término pudo aplicarse al Hijo eterno, cuya comunión de existencia con el Padre, y cuya eternidad se revelan por pasajes como **(Jn 1:1-3)**. De igual modo hemos de evitar la idea superficial de creer que “Primogénito” o “Unigénito” son términos que indican que el Hijo fue engendrado en los siglos, pues se limitan a señalar tan sólo que es único en su relación con el Padre, y preeminente frente a toda cosa creada **(Col 1:15-19) (Ro 8:29)**.

Ejemplos adicionales

La creación **(Gn 1)**. El sublime relato de la creación fue dado sin duda a Moisés en visión, y sirvió para presentar todas las ideas sobre el principio de lo material que harían falta para la debida comprensión del plan de la redención. El lenguaje tenía que comunicar estos conceptos a todos los hombres en todos los tiempos, y de todos los grados de cultura. Dios escogió el único instrumento capaz para tan magna y difícil tarea: un canto compuesto de sencillas estrofas que iban trazando el desarrollo de la creación desde el caos hasta la creación especial del hombre. Detrás de esta sencillez se esconde la enorme diversidad de las obras de Dios que se van revelando por las investigaciones geológicas y zoológicas.

En la creación del hombre, lo que se destaca de **(Gn 1:26-28) (Gn 2:7)** es que el hombre es una creación especial, con su parte material y su parte espiritual, hecho a imagen y semejanza de Dios por sus especiales cualidades espirituales, morales, intelectuales y racionales que, juntamente con el libre albedrío, le hicieron un ser completamente distinto de la creación meramente animal, y señor de todo lo creado en el mundo, bajo la voluntad de Dios. Todo ello concuerda exactamente con nuestros conocimientos del hombre. La palabra traducida “*costilla*” en **(Gn 2:22)** es una voz misteriosa, y lo único cierto que se puede sacar de la descripción de la creación de la mujer es la unidad esencial de varón y hembra como hombre completo, correspondiendo la mujer a un principio vital y complementario de tal hombre completo.

La caída del hombre. Los más de los expositores sanos en la fe admiten elementos simbólicos en los capítulos 2 y 3 del Génesis, que corresponden al lenguaje simbólico que describe el Paraíso nuevo de **(Ap 22:1-5)**. Carecemos de base para argumentar sobre la naturaleza exacta del “*árbol del conocimiento del bien y del mal*” y del “*árbol de vida*”. En el primer caso, la clase de árbol no tiene importancia, pero sí el hecho de que constituía la prueba del libre albedrío del hombre. Antes de desobedecer podía saber todo el bien, ya que Dios le iría revelando verdades siempre más maravillosas. Habiendo comido y desobedecido, ya conocía el mal, que consiste esencialmente en lo que se opone a la voluntad de Dios. Por desgracia, este conocimiento se aumentaría progresivamente, mientras que el bien ya dependería de la gracia de Dios al ir revelándolo de nuevo a hombres ya ciegos por el pecado que escogieron.

Jehová se arrepintió. En **(Gn 6:6)** leemos: “*Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra...*”, mientras que en **(Nm 23:19)** leemos: “*Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta*”.

Para la exégesis de tales versículos, aparentemente contradictorios, tenemos que tener en cuenta dos principios que hemos considerado ya: a) La doctrina fundamental sobre la naturaleza de Dios nos enseña su inmutabilidad (**Stg 1:17**), y nuestra interpretación ha de estar de acuerdo con este principio básico. b) Dios y sus obras (inefables e incommunicables en sí) han de expresarse en lenguaje que el hombre limitado pueda comprender, y según el punto de vista del observador, (**Gn 6:6**) no indica, pues, un fallo en la omnisciencia de Dios, ni que estuviera frustrado en sus intentos —que sería una herejía—, sino que el observador humano e inspirado vio lo que pareció ser un cambio de plan, ya que la raza, con excepción del hombre fiel y los suyos, había de ser destruida. Echa mano a una frase antropomórfica, y describe este aparente cambio de plan (que era realmente la transición de una dispensación a otra) por la voz “*arrepentirse*”, pues tal habría sido tratándose de un hombre. Véanse puntos 1 a 4 de este capítulo.

Ejercicio

- I. Explique por qué la Biblia no está escrita en el lenguaje científico del siglo veintiuno.

Hermenéutica - El lenguaje figurado

Adornando el idioma

Ya hemos notado la tendencia del hombre, al desarrollar su capacidad innata de expresión, de enriquecer el habla corriente y llana por medio de figuras, las llamadas “figuras retóricas”, en las que aplicamos ciertas características del mundo físico para iluminar o dramatizar lo que queremos decir. Los autores bíblicos, por ser orientales, embellecen sus escritos con todas las figuras retóricas de uso general, y a veces se pasan de lo que parecería propio a la sobriedad occidental. Nos fijaremos en algunos ejemplos.

El símil

Esta figura consiste en una comparación claramente expresada entre las personas, objetos o procesos de que hablamos y otros que ilustran su naturaleza. La palabra de enlace entre la realidad y la ilustración suele ser “como”, o “semejante a”.

(Dn 12:3) *“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.”*

(Mt 13:43) *“Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.”*

Si el símil se prolonga, y se hace historia, llega a ser parábola (véase más abajo).

La metáfora

Esta figura es un símil implícito, ya que no se expresa claramente la comparación, sino que deja que ésta se sobreentienda.

(Sal 84:11) *“Porque sol y escudo es Jehová Dios”.* El sentido desarrollado en símil sería: “Jehová Dios es como el sol y como un escudo para nosotros”, pero las ilustraciones son tan bien conocidas y comprendidas que la figura se emplea metafóricamente sin necesidad de mayor precisión.

(Mt 5:13-14) *“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?... Vosotros sois la luz del mundo”*, que en forma de símil sería: “Vosotros en la tierra sois como la sal que conserva la carne de corrupción, o como una luz que alumbraba en lugar oscuro”.

La hipérbole

La hipérbole consiste en la graciosa exageración, que tiene el efecto de llamar la atención del oyente o del lector a la verdad fundamental que se quiere expresar. Quizá nos parezca extraño hallar esta clase de figura en la Biblia, pero de hecho es precisamente el Maestro mismo quien más la emplea en el uso de su divina sabiduría como enseñador. El caso más notable es aquel por medio del cual reprocha la hipocresía de los piadosos criticones de su día.

(Mt 7:3) *“¿Y Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?”.* Aquí tenemos una combinación muy llamativa de dos metáforas, la “paja” y la “viga”, que indican faltas que otros ven en nosotros,

conjuntamente con la graciosa exageración. Ampliando el cuadro, vemos a un buen señor criticón que anda con nada menos que una viga atravesando su propio ojo, convencido de que él es el llamado para quitar la paja que cree percibir en el ojo de su vecino.

Muchos expositores dedican bastante espacio para explicar que “*el ojo de una aguja*” en la comparación de **(Mt 19:24)** se refiere a un portillo al lado de las puertas grandes de las ciudades orientales por donde peatones podían pasar aun después de cerrarse de noche la entrada principal. Podría ser, pero de todas formas se trata de una hipérbole, y cuanto mayor la imposibilidad del caso natural, tanto más eficaz resulta la lección.

Hallamos también frases hiperbólicas, bien entendidas por los orientales, que resultan ser muy difíciles para la mentalidad práctica del lector occidental, pero que tienen por objeto enfocar la luz sobre la lección principal, dramatizándola hasta el punto máximo.

(Lc 14:26) *“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”*. Otras Escrituras enseñan precisamente que es necesario honrar a los padres, amar a la mujer como Cristo amó a la Iglesia, y cuidar y guiar a los hijos. Pero la aparente discrepancia desaparece si tenemos en cuenta que se trata de una figura retórica, siendo frase hiperbólica que, bien entendida, dramatiza la necesidad de que el discípulo dé al Señor una posición de absoluta preeminencia en su afecto y obediencia, hasta tal punto que los sagrados afectos naturales, ordenados por Dios mismo, lleguen a ser aborrecimiento en comparación con el amor supremo que exige la persona del Amado.

(Mal 1:2-3) (Ro 9:13) *“Y amé a Jacob, y a Esaú aborrecí”, “A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí”*. Hemos de pensar aquí también en la figura hiperbólica, que no indica un odio de parte de Dios hacia un ser antipático a sus ojos, sino sencillamente que en Jacob se hallaba el aprecio de la promesa dada a los padres, y que desembocaba en la venida de la Simiente, el Mesías; mientras que Esaú era el hombre carnal, preocupado únicamente por las cosas de abajo. La frase fuerte indica que el camino carnal es abominación delante de Dios, mientras que puede bendecir abundantemente a quien le busca, a pesar de los defectos de carácter que tantas veces se comentan en el caso de Jacob.

La paradoja

Esta figura entraña una contradicción aparente, que se resuelve en la esfera moral o espiritual de la vida cristiana. El hecho de que la verdad celestial de la Biblia resplandece en medio de un mundo donde el hombre ordena su vida natural por normas egoístas y materialistas, presta fuerza muy especial a la paradoja, que se emplea con frecuencia por el Señor mismo y por el apóstol Pablo.

(Mr 8:35) *“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará.”*

(2 Co 4:18) *“No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.”*

La fábula

En la fábula el autor hace accionar y hablar a los animales y plantas con el fin de apuntar alguna lección moral, o sabiduría práctica. Fue perfeccionada en la literatura secular por Esopo, el esclavo griego del siglo VI antes de Cristo, y el género se cultivó con mucho éxito por Samaniego en España en el siglo XVIII. Los orientales empleaban también la

fábula, pero, como es natural, no halla mucho lugar en las Escrituras. Los dos ejemplos, con lecciones sobre la prudencia política, se hallan en (**Jue 9:7-20**) y (**2 Cr 25:17-20**).

La parábola y su interpretación

La parábola merece párrafo aparte por el realce que se le da en las enseñanzas del Maestro divino, bien que no podemos hacer más que indicar muy someramente su significado y los métodos de interpretación, por ser el tema muy amplio.

La palabra griega traducida por “*parábola*” indica que se coloca una cosa al lado de otra a los efectos de una comparación: lo que caracteriza toda figura retórica en su esencia. Pero, como definición, hemos de pensar en una narración, dentro de la esfera de lo posible, que ilustra principios que rigen en la esfera espiritual. Una mera ilustración generalizada no es parábola, pues falta el elemento claramente narrativo. En (**Jn 10:6**), en la Versión Reina-Valera, 1602, leemos: “*Esta parábola les dijo Jesús*”; en la Versión 1960 leemos: “*Esta alegoría les dijo Jesús*”, con referencia a la ilustración del pastor, la puerta y las ovejas. Pero el vocablo es *paróimía* y no *parabole*. Aplicando nuestra definición, no ha de considerarse como una verdadera parábola, ya que se trata de una generalización. Por ejemplo, cualquier persona que no entrare por la puerta se señala como ladrón y no como el verdadero pastor, y no se hace historia de un caso concreto.

Al principio de su ministerio, el Señor no utilizaba ampliamente el método parabólico. Pero después de una larga presentación de su persona y doctrina frente a los galileos, adoptó dicho método con preferencia a otros, según las indicaciones del gran capítulo parabólico, (**Mt 13**). Servía la parábola para aleccionar a los fieles que tenían “*oído para oír*”, a la vez que velaba la verdad frente a quienes no se sometían a su persona. En otras palabras, era una piedra de toque que distinguía entre el “oro” de la sumisión y la fe, y el “oropel” de las profesiones religiosas, llegando a ser, hasta este punto, un medio de juicio para los infieles, al par que resultaba en grandes bendiciones para los de limpio corazón.

Reiteramos que la historia ha de ser siempre posible. El Maestro sacaba las suyas de todas las esferas de la vida de su día, de modo que los oyentes siempre tenían algo significativo para incitarles a buscar la verdad velada. Así las mujeres oían hablar de sus asuntos: la levadura en las medidas de harina, la moneda que se perdió en la casa, etc. Los hombres trabajadores entenderían bien la forma externa de las descripciones de las tareas del campo o de la pesca. Había historias que parecían calcadas sobre acontecimientos contemporáneos, como aquella en que el noble iba a buscarse un reino y volver, que halla analogías en la vida de la familia de los Herodes. Querellas judiciales proveen el tema de algunas parábolas, y en otras se habla de administradores, sin dejar los temas más alegres de los banquetes, las bodas, etcétera. El Maestro creó todo un mundo parabólico, pero sin salir de lo que podría interesar a los hombres de su generación, y podría ser comprendido tanto por los sencillos como por los privilegiados.

La interpretación de la parábola no es tan fácil como parece, según vemos por las diferentes opiniones que hombres entendidos y piadosos han expresado sobre el significado de algunas parábolas. Estas dificultades suelen surgir del intento de sacar más de la narración de lo justificado en su contexto, y el estudiante debiera acordarse de las reglas siguientes:

a) Búsquese el tema principal de la parábola en primer término. Esta lección puede percibirse en general por las circunstancias que dieron lugar a la enseñanza parabólica, y a menudo se subraya por una frase introductoria, o por las explicaciones que el mismo Señor nos da a modo de epílogo.

b) Recuérdese que hay detalles en la parábola que forman un marco necesario que da realce a la lección. Algunos teólogos han hablado del “cuerpo” y del “alma” de la parábola, o sea que hay elementos externos y puramente narrativos que encierran la lección espiritual, pero que no son en sí significativos. Por ende, podría ser mera fantasía procurar hallar equivalencias espirituales para todos los detalles.

c) Las parábolas no sirven como fundamento para doctrinas, sino como inspiradas ilustraciones de doctrinas que se explican en términos claros en otros lugares.

Los precedentes principios de interpretación necesitan ilustrarse por medio de casos concretos, pero para eso nos falta espacio. Tenemos que contentarnos con la conocida y breve parábola de la “*viuda importuna*” (**Lc 18:1-8**). El contexto indica que el Señor está ilustrando el cuidado que tiene Dios de los suyos en días difíciles, pues los desamparados son escuchados, a pesar de las apariencias contrarias (**Lc 18:7-8**). Pero la viuda consigue su petición a fuerza de su perseverancia, que nunca se cansa de suplicar. Así la lección individual es la de la persistencia en oración en medio de un mundo enemigo. Pero si quisiéramos seguir interpretando todos los detalles lógicamente, llegaríamos a conclusiones bien extrañas. Evidentemente la viuda suplicante representa a los fieles que claman a Dios (**Lc 18:7**). Pero en la historia quien por fin la escucha y remedia su situación es un juez injusto. ¡De ninguna manera podemos decir que un tal personaje representa a Dios! Tenemos que contentarnos con la lección principal y ver en lo demás el marco que la sustenta por la descripción de una situación humana. Cabe desde luego deducir: “Si la súplica perseverante era eficaz ante un juez despreocupado, ¡cuánto más ante nuestro Padre celestial, quien es además perfecto en justicia!”

Algunos predicadores y expositores alcanzan fama de profundos por sacar mucho de las figuras bíblicas. Pero tenemos que distinguir entre una exégesis fiel y los llamativos resultados de la fantasía humana. Un prestidigitador recibe aplausos cuando saca toda una familia de conejitos de un sombrero de copa aparentemente vacío, pero sabemos bien que todo ha sido un juego de manos. Y si logra hacer aparecer los conejos al fin del truco, es sencillamente porque anteriormente los había colocado en el sombrero, sin que nos diéramos cuenta. De igual modo hay quienes primeramente meten sus pensamientos en el texto, para luego sacarlos con aire triunfal. Seamos sensatos y sobrios en nuestra labor de exégesis, dando preferencia a la interpretación natural, y sin creer que cada frase tiene que encerrar un símbolo esotérico.

Ejercicio

- I. Interprete la parábola contenida en (**Mt 20:1-16**), de acuerdo con lo que ha aprendido en este capítulo.

Hermenéutica - Tipos, alegorías y símbolos

Las interpretaciones del Antiguo Testamento han oscilado entre dos tendencias opuestas: la que quita toda importancia a los elementos típicos, interpretando todo según el momento histórico y, de hecho, dejando muchos pasajes desprovistos de sentido real y espiritual; y la otra tendencia que quiere sacar alegorías y misticismos de todo, lo que quebranta la firme base histórica del Antiguo Testamento y pone en ridículo lo que es un estudio serio y necesario. Se apuntan las mismas tendencias, desde luego, en la interpretación del libro simbólico por excelencia, el Apocalipsis. Nosotros reconocemos plenamente el valor histórico y literario del Antiguo Testamento, y recogemos con gusto todos los datos que echan luz sobre los acontecimientos y las vidas. En muchas narraciones sin duda no debíamos procurar percibir más que el adelanto del plan de la redención en general, y las lecciones morales y espirituales que salen de una forma natural del texto. Ahora bien, hay secciones de claro sentido típico (lo profético se deja para otra sección), y si las pasamos de largo por reaccionar contra las exageraciones de las escuelas de los alegoristas, perderemos una gran parte de lo que Dios ha provisto para nosotros en las Escrituras. Desde luego el elemento típico se destaca mucho más en el Antiguo Testamento precisamente porque la gran verdad encarnada en Cristo aún no se había manifestado. De modo que tenía que haber muchos “*misterios*”, o sea, verdades que se revelaban en parte y en parte se velaban, en espera de la aclaración que había de venir por medio del Verbo encarnado. Los verdaderos tipos (como las profecías) hallan su cumplimiento en Cristo, e ilustran las glorias de su persona y obra de una forma gráfica, de modo que no sólo anticipan la gran Realidad, sino que aún ahora nos ayudan a comprender por medio de sus gráficos distintas facetas de aquella Realidad. El Libro de Hebreos es el gran ejemplo de cómo los tipos han de entenderse, siendo cumplidos desde luego en Cristo, pero a la vez ilustrando hermosamente los distintos aspectos de aquello que había de venir.

El tipo

El verdadero tipo (que es elemento importantísimo de la enseñanza del Antiguo Testamento) se ha de distinguir de la alegoría, o de la mera ilustración, y para ello podemos servirnos de dos factores que nunca debieran faltar:

1) Dios mismo ordena los detalles y las circunstancias del tipo. Es decir, no hemos de procurar percibir un tipo cuando se trata de una narración en la que los protagonistas llevan adelante los incidentes según sus pensamientos y la presión de las circunstancias. Dios estará en todo ello por sus providencias, pero no ordena la acción directamente, y mucho puede ser contrario a su voluntad. En cambio, en el capítulo 12 del Exodo, por ejemplo, con referencia a la primera Pascua, es Dios mismo quien indica claramente a Moisés lo que los israelitas han de hacer al escoger la víctima e inmolarla “*entre las dos tardes*”, como también la manera de señalar las casas con la sangre, y de comer la Pascua dentro de la casa. En este caso Dios mismo prepara un gráfico que ilustra el misterio de la redención en la Cruz. Obviamente se cumple la misma condición en todo lo referente al Tabernáculo en el Desierto y el orden levítico, pues Moisés recibió el plano de todo, hasta de los detalles más mínimos, de parte de Dios, o en el monte o en el santuario **(Ex 25-31) (Lv 1-9,16)**.

2) En segundo lugar, debíamos poder hallar en el Nuevo Testamento unas indicaciones, directas o indirectas, que nos autoricen a conceder valor típico a las ordenanzas, narraciones o personajes bajo consideración. En el caso clave de la Pascua de Exodo

capítulo 12, no falta evidencia contundente, ya que la Cena del Señor surge directamente de la Pascua (**Lc 22:14-20**), uniéndose el simbolismo preparatorio con el de recordación, subrayando toda la obra de redención por medio de la entrega del cuerpo y el derramamiento de la sangre del Salvador (**1 Co 11:23-26**).

Es interesante y aleccionador examinar los capítulos 22 y 24 del Génesis a la luz de las dos garantías que acabamos de señalar. En el sacrificio de Isaac, Dios mismo instruye a Abraham sobre la manera de efectuar la prueba (**Gn 22:1-2**). Vuelve a intervenir para que la víctima sacrificada sea el carnero, y que el resucitado de una posición de muerte sea Isaac (**Gn 22:11-14**). Además de este orden divino que percibimos en el relato, nos hemos de fijar en (**He 11:17-19**), donde el comentario inspirado indica que la escena revela la muerte y la resurrección de la víctima, lo que sólo llegó a efectuarse en el Calvario, seguido por la tumba vacía. A todas luces, pues, el relato del Génesis capítulo 22 es un tipo que podemos analizar para discernir hermosos aspectos del sacrificio máximo. De hecho, todo sacrificio en el Antiguo Testamento ordenado directa o indirectamente por Dios (lo que excluye los sacrificios paganos o sacrílegos) presenta el Sacrificio de la consumación de los siglos, y el hilo escarlata del derramamiento de sangre une todas las partes de la Revelación escrita.

Al pasar al capítulo 24 encontramos el hermoso relato de la búsqueda de Rebeca por el mayordomo de Abraham como esposa para Isaac. Abraham instruyó a su siervo en relación con su importante misión (**Gn 24:1-9**). Podemos suponer que actuaba según su comprensión general de la voluntad de Dios. Pero no leemos nada de instrucciones directas que Dios diera sobre la misión y los movimientos del mayordomo. Tampoco hallamos ninguna autorización en el Nuevo Testamento que justifique que la bella historia se trate rigurosamente como tipo. Se ha dicho repetidas veces que Isaac es tipo del Señor, Rebeca, de la Iglesia como esposa del Señor, y el mayordomo, del Espíritu Santo, quien busca la esposa para el Señor. Pero eso es salirse de lo legítimo, y si fuese aplicado el mismo método a otras narraciones, quedaríamos sumidos en un sinnúmero de alegorías que deben más a la fantasía de los intérpretes que a la sana exégesis. Del capítulo 24 del Génesis podemos decir: 1) que su importancia estriba en que adelanta el plan de la redención, preparando el nacimiento de Jacob, y por medio de él la formación de las doce tribus; 2) que contiene preciosas lecciones sobre la fe en el Señor, la guía del Señor, la decisión para el Señor, que salen con toda naturalidad de la historia; 3) que podría considerarse (con todas las reservas que surgen de la falta de autorizaciones directas) como una hermosa ilustración de la búsqueda de la esposa para el Esposo. Pero hemos de evitar el peligro de dar pleno valor típico a la historia.

La alegoría

En la literatura secular, la alegoría es una narración prolongada, en la que intervienen un número considerable de protagonistas que actúan y conversan. Cada personaje representa alguna virtud, algún defecto, alguna actitud en la esfera espiritual o moral, y su actuación externa sólo tiene importancia como vehículo para las lecciones que se ilustran. Quizá la alegoría mejor lograda de la literatura mundial es El Peregrino, de Juan Bunyan, ya que los personajes se portan de una forma completamente natural, al par que representan algo importante, de valor positivo o negativo, en la vida del creyente. Otro muy conocido es El Infierno, de Dante, el cual supera al Peregrino en dramatismo poético. Pero por su naturalidad y su enjundia bíblica la obra maestra del quincallero de Bedford deja muy atrás las visiones del poeta del Amo.

En el estudio de las Sagradas Escrituras, hemos de entender la alegoría en una manera algo distinta, ya que consiste en dar un sentido figurado a una narración del Antiguo

Testamento. Muchos rabinos hebreos no podían creer que el sentido intrínseco de pasajes del Antiguo Testamento se agotara por la mera narración y las lecciones naturales que de ella surgían, y pensaban en un sentido esotérico, o sea “escondido”, que ellos eran los llamados a desentrañar. Filón, filósofo judío de Alejandría, contemporáneo de los apóstoles, basaba su sistema filosófico sobre tales interpretaciones alegóricas del Antiguo Testamento. Pero, claro está, otro rabino podría hacer igual en apoyo de un sistema muy diferente. Hemos notado anteriormente que ciertas escuelas en tiempos modernos han vuelto a procurar sacar equivalencias de todas las narraciones del Antiguo Testamento. La interpretación del capítulo 24 del Génesis que ya hemos notado es un ejemplo benigno de un proceso que, llevado a ciertos extremos, viene a ser nefasto por oscurecer el verdadero sentido de las Escrituras en aras de “interpretaciones” individualistas y fantásticas.

Es notable que los autores inspirados del Nuevo Testamento, mientras hacen frecuente uso de los tipos del Antiguo Testamento, no se dedican a la alegoría en el sentido que hemos notado. La única que puede llamarse verdadera alegoría es la que desarrolla Pablo en Gálatas (**Ga 4:21-5:1**). Se trata de Sara, Agar y sus respectivos hijos como ilustraciones de los dos pactos —el de la esclavitud y el de la libertad— complicándose la alegoría con mención del Monte de Sinaí y de la Jerusalén celestial. Pablo ataca aquí a los judaizantes que querían someter a los convertidos gentiles en Galacia a la institución de la circuncisión y al sistema legal. Así que empieza esta sección diciendo: “*Decidme, los que deseáis estar bajo ley (como sistema), ¿no oís la Ley (el Pentateuco)?*”. Es decir, toma las armas de ellos para ilustrar la necesidad de distinguir entre la esclavitud de los esfuerzos humanos y la gloriosa libertad de los nacidos de la promesa, que se funda en la obra de la cruz y de la resurrección. Es un apóstol quien hace esto, por una sola vez, y en circunstancias que prestaban un valor especial a la alegoría. Nosotros hacemos bien en aprender lo que quería enseñar tanto a los gálatas como a nosotros. Pero eso no nos autoriza a nosotros (que no somos apóstoles, ni tenemos que solucionar el problema de los judaizantes) a que hagamos juegos de prestidigitación con sencillos relatos del Antiguo Testamento, cuando el Espíritu por otra parte no ha indicado claramente que se trata de ordenanzas típicas.

Un período histórico de importancia especial

El periodo que se extiende entre la comisión de Moisés hasta su muerte y la entrada de los israelitas en la Tierra de Promisión bajo la guía de Josué, se reviste de una importancia típica muy especial. Por medio del ministerio de Moisés, la nación sierva se organiza en teocracia, y empieza ya a cumplir su misión como antorcha de Dios en medio de los pueblos. De Egipto Dios llamaba a su “hijo” (**Os 11:1**), y el éxodo, con todas las circunstancias de la formación y la prueba de este “hijo” en el desierto, ofrecen gran lujo de tipos y de experiencias aleccionadoras. Toda la institución levítica es típica en el verdadero sentido de la palabra. Sobre esta constante exhibición de la redención futura se basa el hecho de que Dios podía probar a su pueblo bajo la Ley. Era sobre la base del sacerdocio levítico que el pueblo pudo recibir la Ley, y no a la inversa (**He 7:11**), pues el sistema legal no podía hacer más que condenar y destruir aparte de la sangre de la expiación. A los tipos que pertenecen a este sistema, tenemos que añadir aquellos que nos son garantizados en el Nuevo Testamento, como el maná, la roca, el agua y la serpiente de metal.

Pero el hecho de que Dios tenía ya en el mundo a un pueblo escogido, llamado a ser “*reino de sacerdotes, nación santa*” (**Ex 19:1-6**), prestaba gran importancia a su trato con ellos, como también a las reacciones del pueblo mismo, hasta tal punto que Pablo cita

extensamente los acontecimientos —felices y trágicos— de aquellos años, y añade: “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Co 10:11). Las experiencias de los cuarenta años son hilos que se entretajan en toda la textura del resto de la revelación del Antiguo Testamento, y pasan, como hemos visto, hasta el Nuevo también (véanse las poéticas recapitulaciones de los Salmos 105, 106, 107, 114, por ejemplo, entre multitud de otras referencias).

Vidas típicas

Por ser el Señor Jesucristo el fin de todos los caminos de Dios, es natural que se perciban en él, en grado superlativo, muchos de los rasgos que anteriormente se discernían en siervos de Dios que cumplían su limitado ministerio conforme a la voluntad de Dios durante los siglos preparatorios. Dicho de otra forma, el carácter, las experiencias y las funciones de ciertos personajes del Antiguo Testamento pueden considerarse como típicos de aquel que había de venir. El Maestro mismo indicó que la experiencia de Jonás, al ser tragado por el gran pez y arrojado de nuevo a tierra, era típico de su experiencia al bajar a las profundidades de la muerte, y salir en gloriosa resurrección, siendo ésta la señal por excelencia que Dios coloca ante aquella generación y ante todas (Mt 12:40). En el mismo contexto él se presenta como “*mayor que Salomón*” en su divina sabiduría. No cabe duda de que la triple función de profeta, sacerdote y rey, tan prominente en hombres como Isaías, Aarón y David, halla su consumación en la persona y obra de Cristo. De modo que todo verdadero profeta, todo fiel sacerdote y todo rey digno de su unción de la dinastía de David, tipifican hasta cierto punto la triple función que el Profeta-Rey-Sacerdote ejerce en perfección.

Con todo, es posible el abuso de esta verdad en los intentos de hallar tipos personales del Señor por doquier, muchos de dudoso valor espiritual. Contentémonos con lo que es claro a la luz del Nuevo Testamento, y pensemos siempre que toda nuestra vida será corta para la debida exégesis, según cuidadosas normas, de siquiera una parte de las Escrituras. De modo que hemos de entregarnos siempre a esta labor seria y ardua, siendo la que rinde verdaderos dividendos, y no entretenernos en novedades al gusto de ciertos auditorios.

La vida de José, que ocupa casi toda la última parte del libro del Génesis (capítulos 37 a 50), se ha llamado con razón “el tipo más perfecto de Cristo”. La hermosa historia es tan detallada, los puntos de coincidencia con la persona de Cristo —con sus experiencias y su obra de redención, con su gobierno y gloria— son tan numerosas (dentro del terreno del tipo humano) que hemos de postular un cuadro pintado en vivos colores por el Espíritu de Dios que anticipa los sufrimientos y las glorias venideras del Cristo a través de la vida del “nazareo entre sus hermanos” (Gn 49:26). Hay una confirmación indirecta de este tipo en el discurso de Esteban ante el Sanedrín (Hch 7), ya que el protomártir discurre largamente sobre José y Moisés, manifestando que estos hombres, tan manifiestamente escogidos por Dios, fueron rechazados por los hebreos. Él ve en esto una tendencia constante de parte del pueblo de Israel (en su mayoría carnal), y llega a la culminación de su argumento por presentar al gran Escogido de Dios que fue rechazado y crucificado por los judíos. Sin duda, pues, las experiencias de José y de Moisés anticipan las del Cristo de Dios en esta parte y por deducción en otras también.

Símbolos

La idea de simbolismo ha estado presente en todo cuanto hemos adelantado en este capítulo y el precedente. Pero conviene redondear el tema, y por una vez echaremos

mano a la definición de un buen diccionario: “Un símbolo”, dice, “es una cosa sensible que se toma como representación de otra, en virtud de una convención o por razón de una analogía que el entendimiento percibe entre ambos”. Un símbolo netamente convencional es la bandera de la patria, pues el cuadro de tela, adornado con dibujos escogidos por la autoridad de la nación en cierto momento histórico, no se asemeja en sí al imponente conjunto de almas y de intereses que forman la nación, pero, sin embargo, como todos sabemos, la bandera nacional llega a adquirir un sorprendente valor emotivo. Los anillos que intercambian los novios en el acto de su casamiento son convencionales en parte. Pero a la vez nuestro entendimiento percibe una analogía entre el acto y el símbolo, tanto por el oro puro del material, que habla del valor del matrimonio, como por el hecho de ser el anillo redondo, sin falta de continuidad, lo que expresa el carácter perdurable del matrimonio.

Tomos enteros, de más o menos valor, se han escrito sobre el simbolismo de las Escrituras, de modo que es difícil que nosotros podamos echar luz sobre el tema en un párrafo. Estamos tratando aquí de las normas de interpretación de las Escrituras, y es imposible meternos en detalle. Siguiendo un buen método pedagógico empezaremos con lo más conocido y lo más claro: los dos actos simbólicos que han pasado a la Iglesia, o sea el Bautismo y la Cena del Señor. El hecho de que, aun en la dispensación de gracia, de revelación y del Espíritu, Dios nos habla todavía por medio de actos simbólicos, indica la enorme importancia de este método de revelación. Tantas veces los actos son elocuentes cuando las palabras resultan ineficaces y pesadas. En efecto el lenguaje del Bautismo y de la Mesa es clarísimo y contundente. El creyente judío que se ponía al lado de Jesús de Nazaret, confesándole como su Mesías y Señor, se separaba del sistema judaico que había dado la muerte a su Mesías, y señalaba su nueva relación (tanto de separación como de unión) por bajar a las aguas, simbolizando tanto su muerte con Cristo, como su levantamiento para participar en la vida de resurrección de Cristo (**Ro 6:1-5**) (**Col 2:12-13**). El gentil convertido indicaba del mismo modo expresivo la completa escisión que se había efectuado entre él y el paganismo. El dramático lenguaje del acto persiste hasta nuestros días. En la Cena del Señor el énfasis simbólico recae sobre la sustancia del pan y del vino, además del acto de tomar y comer y beber. Si bien el cordero pascual era la víctima que había de ser sacrificada año tras año, en sucesión ininterrumpida hasta su consumación, el pan señala el sacrificio efectuado una sola vez, que llega a ser pan de vida, sin sangre ya, para quien por la fe come la carne del Hijo del hombre. Es el cuerpo de Cristo dado a la muerte una sola vez. La sangre de las víctimas de la antigua dispensación hablaba de un Sacrificio aún futuro, de una vida de infinito valor que había de entregarse en la consumación de los siglos (**Lv 17:11**). Pero el vino es el hecho consumado que llena la copa de vida y de bendición en el Nuevo Pacto. La meditación descubre múltiples facetas y matices en estos dos actos que han pasado a nuestra época espiritual y de cumplimiento. Pero notamos que el simbolismo aún habla a la Iglesia, como palabra visible, a pesar de disfrutar ella de la plenitud del conocimiento de la fe que fue una vez y para siempre dada a los santos.

Ritos, objetos, sustancias, colores, números, dimensiones, acontecimientos: todos pueden tener su valor simbólico, uniéndose, como en nuestra definición, lo convencional, establecido por el uso, y lo analógico. El valor bíblico de estos símbolos puede determinarse únicamente por su uso en las Escrituras mismas. El valor simbólico puede empezar con alguna analogía que nos parece natural, formando una especie de metáfora sensible. Pero el significado sólo puede confirmarse por el contexto bíblico en un número suficiente de casos, a no ser que Dios mismo haya indicado el sentido de una vez. Aquí viene en nuestro auxilio el principio anteriormente establecido de la unidad de las Escrituras, pues sobre esta base comprendemos que es posible echar la luz de un pasaje sobre otro, notando el contexto del primer uso del símbolo en cuestión, para ir luego

recogiendo datos por medio de referencias sucesivas. Cualquier luz que podamos echar sobre un símbolo por medio de las Escrituras mismas vale mucho más que indicaciones que nos vienen de fuera de la Biblia, pues por importantes que sean las ayudas arqueológicas e históricas que hemos subrayado en secciones anteriores con referencia al fondo de los libros, el sentido espiritual ha de determinarse por medios espirituales (**1 Co 2:13**).

El libro simbólico por excelencia de la Biblia es el Apocalipsis, por la sencilla razón de que, cuanto más nos acercamos a lo divino y lo eterno, menos adecuado se halla el lenguaje común que se ha forjado a través de las experiencias humanas en esta tierra. La dificultad aumenta si pensamos en los elementos proféticos que aún tienen que cumplirse en condiciones que trascenderán toda experiencia humana. Con todo, no hemos de desanimarnos frente a la riqueza simbólica del Apocalipsis, contentándonos con su valor dramático-poético, y sacando del libro sólo unas vagas lecciones sobre el triunfo final del bien sobre el mal, pues todo lo que Dios nos da en su Palabra es significativo, y todas las secciones de la Biblia se han dado para ser estudiadas y comprendidas, sin que por ello hayamos de dogmatizar en puntos oscuros donde caben diferentes interpretaciones. Como obligada preparación para leer los símbolos del Apocalipsis, es necesario que el estudiante se empape del simbolismo levítico, juntamente con los primeros capítulos del Génesis; los libros de Ezequiel, Daniel y Zacarías, habiendo conseguido además una idea clara del plan profético que emerge de todos los libros proféticos. Verá entonces, según va leyendo y meditando, que apenas hay símbolo que no tenga su antecedente en contextos que iluminan su significado esencial. Por medio de esta preparación, el estudiante no se hallará perdido, como si estuviera procurando interpretar el idioma de los hititas sin poseer la clave, sino que reconocerá el símbolo y empezará a entender el hermoso lenguaje del libro.

Al leer libros que pretenden explicar los símbolos de las Escrituras, debemos aceptar la ayuda que nos ofrecen, pero siempre con cierta reserva mental, diciendo para nosotros mismos: “En este delicado terreno, en el que es tan posible que el hombre se apresure a conclusiones prematuras, voy a ir comprobándolo todo, examinando el contexto y el uso de cada uno de los símbolos, para ver, como los de Berea, si estas cosas son así”.

Trataremos con respeto el tema del simbolismo, ya que es el método que Dios ha escogido para ilustrar la obra de la redención y llevar nuestros pensamientos a la meta final de su obra en la nueva creación. Pero muchas almas sencillas se hallan limitadas por los mismos símbolos que debieran abrirles las infinitas perspectivas de los siglos de los siglos. Que comprendamos que calles de oro indican el valor superlativo y eterno de la nueva comunidad que Dios establecerá en el *“cielo nuevo y la tierra nueva”*; que las palmas en las manos de los redimidos hablan de victoria; que las coronas expresan la autoridad y la honra con las cuales Dios ha de investir a sus santos conforme a su propósito de gracia y según la fidelidad de ellos en lo poco aquí abajo; y que el echar las coronas a sus pies manifiesta que siempre se acordarán de atribuir toda la honra, todo el valor y toda la gloria a aquel que reina para siempre jamás.

Ejercicio

1. Mencione un tipo y un pasaje claramente simbólico, ambos distintos de los que hay en este capítulo. Explique por qué se les puede calificar como tales.

Hermenéutica - Géneros literarios

Los volúmenes de la biblioteca

Si se nos ofrece la ocasión de visitar una buena biblioteca en una ciudad grande, con el fin de pedir prestado un libro, o de buscar datos que nos interesan, hallaremos no ya un solo índice para todos los libros, sino índices clasificados en secciones según las materias: Historia, Biografías, Bellas Artes, Viajes, Poesía, Idiomas, etcétera. Aun así habrá subdivisiones de materias, además de la clasificación bajo el nombre de los autores. Esta complejidad surge de la vasta herencia literaria, científica y filosófica que recogemos de los trabajos de un sinnúmero de autores a través de los siglos. Esta necesaria clasificación nos da una idea de lo que son géneros literarios, puesto que los escritos humanos se producen según ciertas normas y para el cumplimiento de muy diferentes finalidades. El estilo de distintos historiadores podrá variar mucho, como también la presentación de su material, pero todas las obras históricas presentarán hechos acontecidos en tiempos pretéritos, aunque algunos historiadores podrán interesarse más en los aspectos militares, otros en el desarrollo social y otros en cuestiones políticas. La historia, pues, es un género que se produce según sus propias leyes y normas.

Es fácil ver que existe una íntima relación entre la historia y las biografías, puesto que la vida de hombres y mujeres que se han destacado en el pasado forma una parte esencial de la historia de las naciones donde han nacido y laborado. Con todo, la biografía se centra en el protagonista, destacándose el medio ambiente solamente en la medida necesaria para iluminar la vida del biografado, de modo que constituye un género distinto.

En la Biblioteca de las Sagradas Escrituras hallamos principalmente los géneros literarios siguientes: historia, biografía, poesía, profecía, tratados doctrinales, y la apocalíptica. Tengamos en cuenta, sin embargo, los factores básicos que se enumeraron en el capítulo sobre el Lenguaje de las Escrituras, recordando que toda la producción literaria de la Biblia se sujeta a la finalidad de la misma, o sea, la presentación del plan de la redención. Los autores no cultivaron estos géneros como un arte literario, sino que expresaron sus inspirados mensajes por medio de los moldes conocidos en sus tiempos. No les importaba, pues, mezclar los géneros con tal de adelantar su propósito, y lo importante del asunto, desde el punto de vista de la exégesis, es que los mensajes que dan dentro de ciertos géneros han de entenderse según las normas del mismo, para que no cometamos la torpeza, por ejemplo, de buscar la precisión de un tratado doctrinal en libros poéticos abundantemente adornados de figuras retóricas.

La construcción del Pentateuco

El Pentateuco es un libro único, tanto en la literatura mundial como en la bíblica. Con mucha reverencia los judíos lo denominan la “*Torah*”, o “*Ley*”, considerándolo como la base de su fe y de su sistema religioso. Para ellos otras partes del Antiguo Testamento tienen su importancia en el canon, pero la Torah ocupa un lugar aparte, como fundamento de la revelación de Dios. Bajo este epígrafe de los géneros literarios tenemos que limitar nuestras observaciones, puesto que, dentro de la marcada unidad espiritual del Pentateuco, hallamos una gran diversidad de géneros literarios en porciones breves, y el análisis de los tales exigiría mucho espacio. ¡Cuánta riqueza de visiones, simbolismo, biografía, poesía, profecía, anotaciones sobre viajes, instrucciones sacerdotales y códigos

legales! ¡Cuántas preciosas piedras en los cimientos de las Sagradas Escrituras! Esta misma profusión de géneros dificulta nuestro cometido, y nos limitaremos a destacar el género biográfico.

El género biográfico en el Pentateuco. El libro del Génesis puede analizarse fundamentalmente en dos secciones: 1) Una introducción general al plan de la redención, que abarca los sublimes capítulos 1 al 11; 2) Los principios del plan de la redención, enlazados con la formación de la nación de Israel, destacándose las vidas de Abraham, Isaac, Jacob y José.

El estudiante de las Escrituras se ahorrará muchos dolores de cabeza y muchísimas cuestiones inútiles si tiene en cuenta que los capítulos 1 al 11 no pretenden dar más que unos datos muy seleccionados sobre los orígenes del mundo, del hombre, del pecado, de ciertas tendencias inveteradas del hombre caído y de distintas y típicas manifestaciones tanto de la gracia como de los juicios de Dios. Detrás de estos breves y significativos datos hemos de suponer una enorme complejidad de historia natural, de historia humana y del desarrollo de civilizaciones, que necesitarían grandes bibliotecas para mencionarlos siquiera someramente, y que sólo obstaculizarían la presentación del plan de la redención, que es la finalidad de la Biblia. Contentémonos con el sabio plan divino que no sobrecarga la historia de los principios con masas de información que no podríamos absorber, limitándonos a buscar el profundo significado de los hechos seleccionados.

Las vidas de los patriarcas no son completas según el criterio biográfico de nuestros días. Nada sabemos de la niñez y juventud de Abraham, y su vida no cobra significado espiritual hasta el momento en que responde al llamamiento de Dios, llegando a ser entonces la pieza principal para el adelanto del plan de redención. El interés se concentra en el nacimiento del hijo Isaac, "*hijo de promesa*", primer brote del linaje escogido, quien anticipa en su persona "*La Simiente*" del cumplimiento de la promesa. Los incidentes siguientes no se escogen para glorificar al caudillo de una tribu oriental, sino según su significado para el Plan, y con el fin de apuntar profundas lecciones morales y espirituales. Hallamos lo mismo en las vidas de Isaac, Jacob y José, y el mismo principio informa todas las secciones biográficas de las Escrituras. La vida de José se aproxima más a nuestra idea de biografía, ya que hay mención de su nacimiento, de su juventud, de los incidentes más destacados de su carrera, y de su muerte. Pero persiste el mismo criterio de selección en relación con el plan, ya que su actuación como gran visir de Egipto tenía que estar cuajada de incidentes de resonancia internacional en el mundo oriental de entonces. Pero de ella nada se nota sino su obra salvadora en relación con los siete años de hambre.

El hilo biográfico une todas las demás secciones del Pentateuco, en todos los libros restantes, siendo Moisés el factor constante que determina, por la gracia de Dios, la constitución de Israel en una teocracia por medio de la cual Dios cumpliría sus designios milenarios. Todas las secciones biográficas recalcan la importancia de los instrumentos humanos en el cumplimiento de los planes de Dios en la Tierra, ya que, aun en su caída, el hombre ha de ocupar el centro del escenario donde Dios le colocó para reinar. De modo que seres celestiales actúan solamente de forma indirecta, mientras que una sucesión de hombres jalonan los caminos de Dios, hasta llegar al Dios-Hombre, nacido de mujer, quien lleva todo el pensamiento divino a su última consumación.

La historia

En nuestras Biblias los libros propiamente históricos se extienden desde el principio de Josué hasta el fin de Nehemías, bien que entreverados de porciones biográficas, a

excepción de la pequeña obra maestra de Ruth, que parece ser más un poema en prosa, cuyo tema, delicadamente poético y dramático, se elabora alrededor de la atrayente figura de la mujer moabita, siendo también pieza esencial del plan, ya que prepara el nacimiento del rey David.

Es interesante recordar que los judíos, con mejor criterio que los escriturarios de nuestra época, llamaban a los libros históricos desde Josué hasta el fin de Reyes los “profetas anteriores”. Comprendían que lo importante no era la narración en sí, sino la ilustración de los caminos de Dios a través de ellos. Los cronistas nacionales de los grandes imperios de Egipto, Asiria y Babilonia se cuidaban bien de no hacer mención de las derrotas y desgracias de sus monarcas, destacando solamente lo que podía halagar su vanidad. Pero pasa todo lo contrario en el caso de los historiadores hebreos, quienes señalaban claramente los momentos cuando los reyes y demás héroes nacionales se desviaban del camino de la voluntad de Dios, recibiendo cada uno el castigo que correspondía a su desvío. Tenemos aquí la historia a lo divino, trazándose el fluir y el refluir de los asuntos humanos desde el punto de vista de Dios, sin olvidar jamás la finalidad moral y espiritual. Los profetas, pues, enseñan las verdades divinas, no sólo por sus oráculos, sino también por los ejemplos vividos que seleccionan. En esto consiste precisamente el valor permanente y universal de la historia de la Biblia, que viene a ser una admirable escuela para aprender los caminos de la providencia de Dios y la operación de la “ley de la siembra y de la siega”. De ahí su valor como *“instrucción en justicia”* (2 Ti 3:16-17).

Josué. Este libro narra la conquista de la Tierra, y así da cumplimiento parcial a las promesas que Dios concedió a Abraham a este respecto. La información procede principalmente de Josué mismo y de los ancianos de su generación, lo que no impide una redacción posterior por una mano autorizada. Se compone mayormente de crónicas militares y de detalles del catastro al ser repartida la Tierra entre las tribus de Israel. En general es un libro victorioso, bien que se siembran ya algunas de las semillas de los desastres posteriores.

Jueces. Vemos el fracaso del pueblo en la Tierra, con los principios del sincretismo religioso que arruinó el testimonio de Israel durante tantos siglos. La negrura del cuadro sólo se alivia por la actuación de hombres y mujeres de fe quienes llegan a ser los adalides del pueblo en los momentos de desastre nacional. Se prepara el terreno para el concepto del Reino.

Libros de Samuel y de Reyes. Estos libros forman un solo cuerpo histórico, basado sobre las observaciones y anotaciones de distintas generaciones de profetas. Por ser tan larga esta historia del Reino, se dividió en las secciones que vemos desde tiempos muy remotos, pero no hemos de conceder importancia a estas divisiones. Es la visión profética de los tiempos que abarcan desde el fin del periodo de los jueces (“caudillos”), a través del rápido florecimiento de la monarquía, hasta su decaimiento y ruina. Ya hemos notado el valor moral y espiritual de estos profetas anteriores.

Los libros de las Crónicas, con Esdras y Nehemías. De nuevo nos hallamos frente a un solo cuerpo histórico, dividido posteriormente en nuestros libros por la conveniencia. Los judíos no colocaban esta sección entre los libros históricos, o sea, los profetas anteriores, sino entre los “escritos” que formaban la última de las tres divisiones de la Biblia hebrea, dándose cuenta de la diferencia de intención que existe entre estos libros y los de Samuel y Reyes. De hecho esta diferencia es muy importante, bien que poco comprendida por los lectores de hoy, quienes se extrañan ante tanta repetición de lo que ya han leído en los otros libros históricos. Podemos decir, a grosso modo, que si bien los libros de Samuel y Reyes representan el punto de vista profético, Las Crónicas adelantan el sacerdotal. Los redactores de las varias secciones no tenían interés en recapitular meramente la historia

nacional ya conocida, sino que trazaban el cumplimiento del plan de Dios para establecer su trono y su templo en medio de su pueblo escogido de Israel; o sea, los incidentes se escogen por su relación con los conceptos fundamentales del reino y del culto. Por eso no vemos más que el fin del reinado de Saúl, y pasamos rápidamente al gobierno de David, el escogido de Jehová, y al pacto que fundamentó el reino que se haría eterno en las manos del Hijo de David (**1 Cr 17**). Luego el interés se concentra en la organización del reino y los planes de David para el Templo, que por fin es levantado por Salomón en el sitio que Dios señaló a su padre y según los planes que David había recibido por revelación (**1 Cr 28:11-12,19**). Según el mismo criterio de selección, no se hace historia del reino del norte después de la división, pues nada tenían que ver los impíos reyes apóstatas de Efraín con el orden fundamental del Trono de David y del Templo en Sión. Los reyes de Judá reciben atención según su actuación en relación con la restauración del culto verdadero, lo que explica las largas secciones dedicadas a Josafat, Ezequías y Josías. Esdras y Nehemías forman una especie de epílogo, que describe la reedificación del Templo en los tiempos del imperio persa, y la purificación del resto que volvió a Israel. Así se prepara el escenario para el advenimiento de aquel que había de cumplir en su persona las funciones de rey y sacerdote, tanto para Israel como para la Iglesia.

Los libros proféticos

En nuestra Biblia empiezan con Isaías y terminan con Malaquías, abarcando las grandes profecías de Isaías, Jeremías y Ezequiel, además de los doce “profetas menores” (“menores” sólo por su extensión, ya que se revisten del mismo valor profético e inspirado como los demás), con Daniel. En la Biblia hebrea, Daniel se halla entre los “escritos”, por la razón de que el escritor y protagonista principal era estadista en Babilonia, viendo sus visiones proféticas incidentalmente, por decirlo así, sin ser llamado a una misión especial profética entre los israelitas. Modernamente se clasifica este libro entre el género apocalíptico.

Los profetas eran primordialmente predicadores de justicia, enviados por Dios a su pueblo en épocas de decadencia con el fin de señalar los pecados nacionales y sociales a la luz de la santidad de Dios. Después del análisis del pecado, profetizaban juicios inmediatos y lejanos, llamando a todos al arrepentimiento. La predicción del porvenir ocupa un lugar importante en los oráculos, pero en primer término el profeta es el portavoz de Dios.

Para la debida exégesis de los libros proféticos debemos tener en cuenta esta función primordial, recordando también que los libros que leemos son colecciones de oráculos (o sermones), lo que explica las repeticiones de los mismos temas una y otra vez, y la falta de una progresión cronológica o histórica desde el principio hasta el fin de los libros. Hallamos secciones de cierta homogeneidad, pero la unidad es el oráculo. Con todo llegamos en estos libros a las mayores alturas morales y espirituales del Antiguo Testamento.

La exégesis exige también algunos conocimientos, siquiera someros, de la historia y la geografía de los tres grandes imperios —Egipto, Asiria y Babilonia— además de la situación y desarrollo de pueblos más pequeños que lindaban con la Tierra Santa: Siria, Moab, Amón, Edom, Filistea y Fenicia.

A pesar de ministrar en tiempos de decadencia y de juicio, los profetas no son pesimistas, puesto que se adhieren firmemente a la convicción de que Dios ha de cumplir sus propósitos no obstante el fracaso de la nación carnal. Siempre existe un resto de creyentes fieles por medio de quienes Dios puede obrar y con creciente claridad se va

perfilando la fisonomía del Mesías, el Siervo de Jehová, quien ha de redimir a Israel y extender los maravillosos beneficios de su reino hasta lo último del mundo.

Los libros poéticos

Los poetas expresan sus pensamientos y sentimientos bajo formas rítmicas y con abundancia de figuras retóricas. Los eruditos de hoy declaran que muchos pasajes de los libros proféticos son también poéticos en su forma. Llegan hasta discernir versos y estrofas en el arameo que forma la base, según se supone, de muchas de las enseñanzas del Maestro. Pero hay ciertos libros en que la poesía predomina, de modo que éstos —los Salmos, Proverbios, el libro de Job y el Cantar de Cantares— se clasifican como libros poéticos. Proverbios y Job son libros sapienciales escritos en verso.

Quizá extraña un poco al lector que haya tanto elemento poético en libros tan antiguos, toda vez que nosotros empezamos con prosa y llegamos después (si llegamos) a las formas artificiosas y difíciles de la poesía. Pero eso es porque aprendemos a leer de niños. En las sociedades más primitivas, la instrucción y la narración tenían que recitarse y aprenderse de memoria, y para ello se prestaban mucho mejor las formas rítmicas. Así que, en el desarrollo de la literatura, la poesía precede a la prosa, y no a la inversa.

Según los eruditos, la poesía hebrea es acentuada, pero sobre todo el oído y la percepción intelectual y estética se deleitan por medio del paralelismo de conceptos que se expresan en versos pareados. En un tipo muy conocido el segundo verso ofrece una variación del concepto del primero:

“En tus mandamientos meditaré;

Consideraré tus caminos” (Sal 119:15).

Alternativamente el segundo verso del pareado puede introducir un contraste:

“Los tesoros de maldad no serán de provecho;

Mas la justicia libra de muerte” (Pr 10:2).

En otros casos el segundo verso puede añadir un concepto análogo al primero:

“La bendición de Jehová es la que enriquece,

Y no añade tristeza con ella” (Pr 10:22).

El pareado puede ampliarse hasta formar una estrofa más o menos regular, y hay algunos poemas acrósticos bastante complicados, en los cuales cada estrofa empieza con una letra del alfabeto hebreo, leído en su orden normal. Nuestras versiones hacen constar esta letra hebrea en el caso del salmo 119, pero los estudiantes del hebreo discernen una construcción análoga en el libro de Lamentaciones.

Lo interesante de la idea básica del paralelismo es que se presta a la traducción, de modo que la poesía puede deleitar al lector sensible, aun cuando la lee en idiomas muy diferentes del original. Por ejemplo, no hace falta ser conocedor del hebreo para apreciar la sublime poesía del salmo 10 o del 23 en la versión Reina-Valera. Muchas versiones modernas nos ayudan a percibir la construcción de las porciones poéticas por destacar los versos en líneas separadas.

La sustancia de los libros poéticos es aún más importante que la forma desde el punto de vista de una buena exégesis. Podemos resumir cuestiones muy amplias por decir que la poesía hebrea es la expresión de las experiencias espirituales de sus inspirados autores, quienes se identifican con frecuencia con el pueblo de Israel, y sobre un plano aún más

elevado, con el Mesías esperado. David es el salmista por excelencia, y todo lector de la Biblia sabe cómo plasma en sus hermosas poesías las experiencias alegres y trágicas de su vida, sacando de ellas preciosas lecciones de fe, de sumisión y de adoración. Muchos de sus Salmos (y los de sus sucesores en este arte) se escribieron para ser cantados por los coros de levitas en el Templo, según el orden que David estableció, lo que explica las notas (a veces enigmáticas para nosotros) que encabezan muchos Salmos, que serían instrucciones para los cantores. Poetas podrían sentirse inspirados por un acontecimiento nacional, por el recuerdo de su historia, o por la muerte de algún héroe (**2 S 1:17-27**). Todo el libro de Lamentaciones es una endecha sobre la caída de Jerusalén, destruida por el ejército de Nabucodonosor. Según algunos eruditos, el Cantar de los Cantares en su sentido original (lo que no resta importancia a sus posibles sentidos alegóricos) es un “epitalamio”, o sea, una canción compuesta en relación con una boda.

Ningún lector que se acerca a las Escrituras con el aprecio reverente de su unidad e inspiración puede dudar de los elementos de profecía mesiánica en Salmos como el 22 y el 69. Pero a la vez notará las diferencias que existen entre estas anticipaciones de los sufrimientos del Mesías y las profecías de los capítulos 42 a 53 de Isaías, por ejemplo. El método profético en los Salmos es muy especial, y podríamos llamarlo “psicológico”, ya que David (u otro) empieza a cantar las aflicciones de su propio corazón, pero por la operación del Espíritu halla que sus sentimientos y experiencias son sublimados y llevados a un plano superior a lo meramente humano, constituyendo entonces una profecía, no ya de los acontecimientos futuros, sino de los sentimientos del Mesías. El Salmo 22, que el Señor cita durante su más profunda agonía en la Cruz, es un ejemplo que nos llena de adoración reverente.

Desde luego, las figuras retóricas abundan en la poesía bíblica como en la de todas las literaturas, y hemos de tomar en cuenta las metáforas, símiles, paradojas e hipérboles, pues sería ridículo querer interpretar la expresión poética de las verdades de Dios según el mismo criterio que emplearíamos para las aclaraciones doctrinales de Romanos o Hebreos. Vemos la hipérbole, por ejemplo, en el Salmo 114, que describe el Exodo en términos poéticos:

“El mar lo vio, y huyó;

El Jordán se volvió atrás.

Los montes saltaron como carneros,

Los collados como corderitos.”

Luego los mismos conceptos se repiten en forma de preguntas retóricas, hasta explicarse la conmoción de la naturaleza por ser el efecto de la “*presencia del Dios de Jacob*”. Nadie en su cabal juicio pensará que los montes y collados jugaron literalmente como carneros y corderos, y la mente comprensiva y humilde dará gracias a Dios por descripciones que llevan algunas de las grandes verdades de la revelación al alma por medio de los sublimes y agradables recursos de la poesía.

Los libros sapienciales

Desde los tiempos más remotos, y a través de diversas civilizaciones, los hombres han plasmado los resultados de su experiencia en proverbios o refranes que, por ser breves y llamativos, son recordados y repetidos de generación en generación. El refranero español es una de las manifestaciones más características del espíritu hispano, bien que muchos de los refranes hallan sus equivalencias en otros idiomas, a causa del fondo de experiencia que es común a todos los hombres.

Lo que es obra más o menos espontánea del pueblo en nuestras tierras, llegó a ser algo profesional en las civilizaciones orientales de los tiempos bíblicos. Sabios dedicaban su tiempo a redactar, coleccionar y perfeccionar los proverbios que concretaban la sabiduría práctica bajo imágenes y semejanzas concretas, hallándose ejemplos en la literatura egipcia aún en el año 2700 antes de Cristo. Por ser este género literario tan conocido y apreciado, la fama de Salomón se extendió por todo el Oriente, como superior a otros maestros de esta rama del saber (**1 R 4:29-34**).

Los libros sapienciales (de sabiduría) de la Biblia son: Job, Proverbios y Eclesiastés. En los escritos apócrifos se halla un buen ejemplo en el Eclesiástico, o en la Sabiduría de Salomón. Nuestro aprecio del detalle de estos libros ganará mucho si comprendemos mejor la naturaleza del género, recordando que Dios habló preferentemente a su pueblo Israel por medio del sacerdote, que señalaba la Ley y el ritual simbólico; por medio del profeta, que recibía mensajes directos de Dios para la guía del pueblo, sobre todo en tiempos de decadencia; y por medio del sabio, que enseñaba a los hombres cómo habían de andar en tiempos normales. La diferencia entre la sabiduría de las otras naciones y la de los hebreos consiste en que éstos insistían en que *“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová”*, y ordenaban los resultados del examen de la experiencia según este principio fundamental. Hay detalles que parecen algo egoístas en esta sabiduría práctica, pero todo tiene un fin moral, y a veces llega a sublimes alturas de comprensión espiritual.

Hallamos un ejemplo de los muchos avisos de prudencia práctica en (**Pr 25:8-9**).

“No entres apresuradamente en pleito,

No sea que no sepas qué hacer al fin.

Después que tu prójimo te haya avergonzado.

Trata tu causa con tu compañero,

Y no descubras el secreto a otro...”

Hay un humor fino e irónico en la descripción del perezoso en (**Pr 26:13-14**), donde vemos al desgraciado tan falto de ganas de moverse y trabajar que, girando en su cama como puerta sobre el quicio, exclama asustado, como explicación de su permanencia en la cama: *“¡Hay un león rugiente en el camino! ¡Hay un león en las calles!”*.

De todos es conocido el valor psicológico y moral de (**Pr 22:6**), que es un verdadero compendio de pedagogía:

“Instruye al niño en su camino,

Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.”

Las profundas lecciones espirituales de (**Pr 3:11-12**) se recogieron y se comentaron magníficamente por el autor de la Epístola a los Hebreos.

“Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor,

Ni desmayes cuando eres reprendido por él;

Porque el Señor al que ama, disciplina,

Y azota a todo el que recibe por hijo” (He 12:5-6).

“No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová,

Ni te fatigues de su corrección;

Porque Jehová al que ama castiga,

Como el padre al hijo a quien quiere” (Pr 3:11-12).

Los libros de sabiduría son, pues, obra de la inspiración divina a través de un género muy conocido y apreciado en el Oriente. Completan la maravillosa provisión que Dios hace a favor de su pueblo para todos los tiempos en todos los órdenes y esferas de su vida. La integridad que caracteriza al hebreo digno de su raza, se debe en gran parte al hecho de nutrirse desde su juventud de esta literatura de sabiduría. ¡Ojalá que en nuestros tiempos los jóvenes cristianos repasaran constantemente el libro de Proverbios para estar apercebidos contra el sinnúmero de peligros morales y prácticos que les acechan! Es parte importantísima de la disciplina de la justicia que nos viene por medio del Antiguo Testamento.

La dificultad que muchos hallan en la exégesis de Eclesiastés desaparece en gran parte si tenemos en cuenta su naturaleza como una parte de la literatura sapiencial. Algunos (aun en círculos conservadores) tildan al “*Predicador*” de “filósofo pesimista”, y seleccionan lo que consideran como verdadero y falso en sus enseñanzas. Pero si hemos de erigirnos en jueces frente a un libro didáctico, incluido en el canon inspirado, escogiendo esto y rechazando aquello, no nos diferenciamos del crítico liberal. Nuestra actitud ha de ser otra. Hemos de fijarnos en que el Predicador se limita a examinar el curso de la vida humana “*debajo del sol*”, comprobando por su propia experiencia que el hombre, debido a su naturaleza especial, y dentro de la brevedad de su existencia aquí, no puede satisfacerse ni en sus obras, ni en sus placeres, ni siquiera en su sabiduría, resultando que todo es vanidad, o frustración. Todo lo que observa y nota es verdad dentro de los límites de su cometido, pues tocará a los profetas, y más tarde a los apóstoles, señalar los amplios horizontes espirituales y eternos. Comprendido así, el triste refrán, “*Vanidad de vanidades, todo es vanidad*”, es la necesaria preparación para que el hombre, desesperándose de hallar la felicidad aquí abajo, la busque en el cielo.

Los libros apocalípticos

Hay partes de los libros de Ezequiel, Daniel y Zacarías que presentan el porvenir del pueblo de Israel, juntamente con el de los grandes imperios que han rozado con la historia del pueblo escogido, bajo la forma de visiones ricas en llamativo simbolismo. Casi la totalidad de los símbolos de las porciones referidas vuelven a aparecer en Apocalipsis, el libro de la consumación, tanto de la historia humana como de los caminos de Dios en relación con el hombre. Modernamente se ha considerado este tipo de profecía como un género especial, llamado “apocalíptico” por el libro del Apocalipsis, que en sí quiere decir “revelación”.

Se hallan libros apocalípticos fuera del canon bíblico, especialmente en los siglos que precedieron el nacimiento del Señor, y por ser fantásticas algunas de estas producciones, existe la tendencia de subestimar también las porciones apocalípticas de las Escrituras. Hemos de ponernos en guardia contra estas tendencias, ya que el mismo Señor hacía señalado uso de las visiones de Daniel, y partes de su propio sermón profético se incluyen en el mismo género. Las visiones son tan obra del Espíritu como las profecías de Isaías, y si bien ofrecen dificultades especiales de interpretación, han de recibirse como partes integrantes y necesarias de la revelación total, cumpliendo un propósito muy especial al señalar la consumación final.

Bajo el epígrafe de “simbolismo” hemos notado que el único medio de interpretación es el de considerar los símbolos desde su primera mención en los contextos bíblicos. Por el uso podemos “aprender el idioma” que Dios se ha dignado poner a nuestra disposición

para ampliar nuestros horizontes, haciéndonos saber sus designios para las vastas perspectivas históricas hasta la consumación del Reino de Dios y del Cordero.

Los géneros literarios en el Nuevo Testamento

1. Los Evangelios

No hay nada en la literatura mundial que remotamente se parezca a la presentación cuádruple de la persona y obra de Cristo en los cuatro Evangelios. En su forma son los recuerdos de testigos que presenciaron el ministerio del Hijo de Dios en la Tierra, y constituyen la base de todo nuestro conocimiento del cumplimiento de la excelsa misión del Hijo que había de cimentar el Reino de Dios y abrirlo a toda alma creyente. Mateo pudo escribir del tesoro de sus propios recuerdos, utilizando probablemente notas escritas durante el mismo ministerio del Señor. Marcos recogió el testimonio del apóstol Pedro. Lucas es el cuidadoso historiador que investigó sistemáticamente la evidencia (**Lc 1:1-3**) y la plasmó con gran maestría en un libro de delicada fuerza artística y espiritual. Juan, el discípulo amado, puso por escrito, hacia el final de su vida, los preciosos recuerdos personales, quintaesenciados por su meditación en el santuario durante sesenta años. Todo ello es el “testimonio apostólico”, exactamente observado, y a la vez divinamente inspirado, y que constituye un género único y sin igual, en el que los elementos biográficos e históricos se han elevado a un plano divino, sin dejar de ser hechos concretos que se realizaron en la Tierra (**1 Jn 1:1-4**).

En cuanto a la exégesis de los Evangelios, hemos de evitar el error de considerar estas narraciones como algo necesario, pero sencillo, siendo principalmente la base para las enseñanzas logradas de las Epístolas. Es verdad que niños pequeños pueden deleitarse en los incidentes de la vida del Señor, y vislumbrar algo de su hermosura. Pero a la vez los Evangelios manifiestan la gloria del Verbo eterno encarnado, y en ellos llegamos a la cúspide de la revelación de Dios al hombre. La exégesis es más difícil que la de las Epístolas por la sencilla razón de que la mayor parte de su sustancia anticipa la Cruz y la resurrección de Cristo, sin que este glorioso hecho clave sea aún manifiesto. En ellos paran los fines de los siglos, y hace falta discernimiento espiritual si hemos de interpretar fielmente las verdades y comprender los momentos. En nuestra exégesis hemos de evitar un dispensacionalismo demasiado rígido que ignora la unidad de la revelación divina, y a la vez comprender que de hecho Dios obra por “*tiempos y sazones*”, y que los Evangelios señalan la importantísima transición del régimen preparatorio a la edad del cumplimiento en Cristo, el Prometido. La Cruz se erige en “*la consumación de los siglos*” (**He 9:26**), hacia la cual todos los tiempos anteriores progresaban, y de la cual todos los posteriores dependen. Por lo tanto la historia de la Cruz es el centro de toda revelación.

2. Los Hechos de los Apóstoles

Aquí hallamos la primera historia eclesiástica y, por mucho, la mejor. Las investigaciones arqueológicas del célebre Sir William Ramsay pusieron fuera de toda duda razonable la exactitud, veracidad y pericia de Lucas como historiador, lo que subraya que Dios escogió un instrumento maravillosamente dotado y preparado a fin de que, auxiliado por el Espíritu de Dios, nos señalara los grandes hechos del descenso del Espíritu Santo, de la formación de la Iglesia, y de la marcha triunfante del Evangelio desde Jerusalén hasta Antioquía, y desde allí hacia Roma y el Occidente. Otros muchos movimientos extendían el Reino de Dios por diversas regiones, pero en la sabiduría de Dios, Lucas fue escogido para historiar el movimiento occidental y europeo, que había de echar tales raíces que de ellas, andando el tiempo, y a pesar de la corrupción de la Cristiandad como tal, brotaran ramas que se extenderían por todo el mundo habitado.

Cada sección del libro está cuajada de enseñanzas eclesiásticas y espirituales, que nos ofrecen la clave para entender las epístolas. De una forma perfecta enlaza los Evangelios con la doctrina apostólica. En general la presentación histórica es tan clara que es relativamente fácil la exégesis, pero hemos de tener en cuenta que se trata también de un periodo de transición. Los capítulos 1 a 9 hacen historia de la presentación a los judíos del Mesías resucitado, mientras que el capítulo 10 señala el momento en que el Reino se abre plenamente a los gentiles en igualdad de condiciones con los judíos. Es necesario comprender las reacciones de los judíos —dentro y fuera de la Iglesia— frente a esta tremenda innovación, para seguir el desarrollo de los acontecimientos y de la doctrina de aquella época.

3. Las Epístolas

Las Epístolas son cartas escritas a iglesias locales, o a individuos, durante el período apostólico. Constituyen el ejemplo más sublime del género epistolar de toda la literatura mundial. Otras colecciones habrá más amenas y más artísticamente logradas. Pero aquí la sencilla carta llega a ser vehículo para dar a conocer las verdades fundamentales de la fe cristiana, aplicando en inspiradas palabras el significado de la obra de la redención a la constitución de la Iglesia, a la organización y testimonio de las iglesias locales, y a la vida de hombres y mujeres cuyos cuerpos son ya *“templos del Espíritu Santo”*.

Las cartas surgen de determinadas condiciones en las iglesias que fundaran Pablo y sus colegas, y muchas veces responden a alguna necesidad inmediata: peligros doctrinales en el caso de Gálatas, Colosenses y 1 Juan; la necesidad de consuelo y de aclaraciones sobre la venida de Cristo en las cartas a los Tesalonicenses, y a varios puntos de orden y práctica en los escritos a los Corintios. El estilo epistolar se parece bastante a una conversación en que los temas se suceden el uno al otro según la necesidad del momento, y en general no se intenta el desarrollo ordenado de un solo tema, como en un tratado doctrinal. Es preciso tomar en cuenta este hecho en la exégesis, y el estudiante ha de procurar identificarse con el autor sagrado en su cometido de dar solución a problemas concretos que han surgido en determinadas iglesias, ya que la presentación y redacción dependen de estos factores humanos. Las epístolas pastorales (1 y 2 Timoteo y Tito) se dirigieron por el apóstol Pablo a colegas suyos que cumplían misiones importantes frente a las iglesias en Efeso y en la isla de Creta, dándoles orientación en cuanto a la organización y el testimonio de estas congregaciones.

Los únicos escritos que pueden considerarse como tratados doctrinales, o sea, presentaciones ordenadas y sistemáticas de las verdades de la fe, son (**Ro 1:16-15:13**) y la Epístola anónima a los Hebreos. En la redacción de la Epístola a los Romanos media la circunstancia de que Pablo escribe una carta a una gran iglesia que espera visitar, pero que no había fundado, de modo que le interesa presentar ordenadamente “su Evangelio”. Así aparte de una breve introducción y un epílogo personal, lleva adelante su argumento por sucesivas etapas, estrechamente relacionadas entre sí, que es lo que presta a esta gran Epístola su carácter especial. El autor de la Epístola a los Hebreos escribe a una iglesia hebrea que le es conocida, pero por su temperamento, y por las exigencias del momento, desarrolla su argumento con lógica magistral desde el principio hasta el fin, exceptuando algunas breves notas personales en el último capítulo.

No ha placido a Dios darnos la doctrina cristiana dogmáticamente, o sea, por medio de una presentación sistemática, clasificada cuidadosamente en capítulos y secciones, según el gusto teológico de nuestros tiempos, sino que surge con calor vital de los movimientos del Espíritu, de las luchas y los problemas de la era apostólica. Todo ello motiva problemas especiales de interpretación, y el estudiante ha de armarse de un espíritu de humildad, de paciencia y de constancia si ha de recoger la rica cosecha de las

enseñanzas apostólicas, que interpretan el hecho de la Cruz con referencia especial a la Iglesia de la cual formamos parte. Si en este espíritu estudia y medita —aprovechando además el fruto de los trabajos de muchos siervos del Señor que anteriormente han puesto su tiempo, sus talentos y sus profundos conocimientos a la disposición del Señor y de la Iglesia, en la potencia del Espíritu Santo, al esforzarse por iluminar el texto— se gozará como quien halla preciosos tesoros, alabando al Señor por su sabiduría al escoger precisamente estos medios para revelar su voluntad a la Iglesia a través de los siglos.

4. El Apocalipsis

Hemos dicho algo del género apocalíptico más arriba, pero volvemos a mencionar el sublime libro que clausura el canon de las Escrituras para completar el cuadro del Nuevo Testamento. En cuanto al que escribe, “Juan” es el apóstol Juan, y el Apocalipsis (Revelación) es el broche de diamantes que el apóstol por el Espíritu pone a su ministerio escrito, y que Dios escogió como culminación de su revelación escrita, señalando la forma en que los siglos de la historia humana desembocan en el siglo de los siglos de la Nueva Creación. No queremos decir por eso que el Apocalipsis es el último escrito de Juan en cuanto al orden cronológico, sino que señalamos su significado espiritual.

Como en todos los demás libros de la Biblia, hay que dar a las distintas partes del Apocalipsis el sentido más directo y sencillo posible, sin presuposiciones sobre si esto o lo otro “puede ser” o “no puede ser”. Ya hemos hablado de su simbolismo, y de la necesidad de buscar la clave de este “idioma especial” dentro de las Escrituras mismas. Habrá mucho que rebasa nuestra comprensión actual, pero eso no impide que estemos bien encaminados, hasta donde podemos llegar, y este libro, tanto o más que otras porciones de las Escrituras, ha de tomarse en serio, pues *“Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca” (Ap 1:3)*. La clave se halla en **(Ap 21:5)**: *“¡He aquí yo hago nuevas todas las cosas!”*.

Ejercicio

1. Señale ejemplos, sacados del Evangelio según Mateo, de los siguientes géneros literarios: narración, poesía, discurso y profecía. Explique, sin embargo, por qué decimos que los Evangelios pertenecen al género narrativo.

Hermenéutica - Relaciones entre el Antiguo Testamento y el Nuevo

Consideraciones generales

En vista de lo que hemos adelantado anteriormente sobre la unidad de las Escrituras, huelga decir que consideramos las dos grandes secciones de la Biblia como partes integrantes de una sola revelación escrita. El Nuevo Testamento surge del Antiguo, y sería imposible explicar sus orígenes aparte de la revelación anterior a la venida del Cristo. Al mismo tiempo, el Antiguo Testamento requiere el Nuevo, ya que anticipa una consumación que no se detalla en sus propias páginas, y las muchas preguntas que suscita quedarían sin contestación sin la revelación posterior. Muchas veces se ha citado el dicho de San Agustín: “El Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo, y el Antiguo se explica por el Nuevo”.

A pesar de la manifiesta unidad total, no es siempre fácil distinguir las interrelaciones entre los dos Testamentos, y hoy en día lo que más se discute entre fieles escriturarios evangélicos surge precisamente de diferentes criterios en esta esfera. Desde luego, tratándose de hermanos fieles a las Escrituras, la discusión no toca para nada la persona de Cristo, ni la naturaleza de su obra redentora, sino más bien cuestiones como las siguientes: 1) ¿Qué es transitorio y qué es permanente en el Antiguo Testamento? Intimamente relacionada con esta cuestión es la de la función de la Ley en el pasado y el presente. 2) ¿Cuál es el alcance de la misión de Israel? ¿Tiene o no tiene una misión peculiar en el porvenir? Con esta cuestión se relacionan distintos conceptos sobre la extensión de la Iglesia, sobre la segunda venida del Señor, y sobre las dispensaciones. 3) ¿Cómo hemos de entender las citas del Antiguo Testamento que hallamos en el Nuevo?

Obviamente necesitaríamos otro volumen, y no ya un capítulo, para tratar de cuestiones tan amplias, y el estudiante tendrá que buscar las soluciones mientras lee y medita los dos Testamentos. Tampoco queremos dogmatizar cuando se trata de distintas apreciaciones por eminentes siervos de Dios, de modo que lo que sigue no es sino un intento de señalar la aplicación de algunas de las normas generales que hemos estudiado.

Lo permanente y lo transitorio

Ciertos expositores que han reaccionado en contra del exagerado dispensacionalismo de algunos enseñadores del siglo pasado —que tendía a dividir la revelación escrita en departamentos estancos— han llegado al otro extremo de subestimar los “*tiempos y sazones*” que el Padre administra (**Hch 1:7**). Como en otras cuestiones, tanto la acción como la reacción encierran verdades parciales que necesitamos sintetizar con un sentido común espiritual.

1) Los principios básicos de la fe son permanentes. Los “*tiempos y sazones*” señalan distintas administraciones de la gracia de Dios en relación con las varias etapas del plan de la redención, y con referencia a los diferentes instrumentos que Dios escoge en su infinita sabiduría. Pero el Reino de Dios, entendido ampliamente como el conjunto de todas las esferas que se someten a la voluntad divina, es un solo reino, bien que dividido en varias provincias. La historia de la redención no empezó, pues, en el Día de Pentecostés, ni en el día de la Resurrección, ni en la Cruz, ni en la encarnación del Hijo,

ni en el llamamiento de Abraham, ni con la promesa de Dios a Eva, sino en el designio de Dios, el *“beneplácito de su voluntad”*, que propuso realizar por medio del Hijo-Mesías antes de los tiempos eternos (**Ef 1:3-14**) (**2 Ti 1:9-10**). Por eso leemos que el Cordero fue inmolado desde la fundación del mundo (**Ap 13:8**). Toda *“dispensación”*, pues, ha de verse dentro de la perspectiva de este plan eterno. Esta consideración determina siempre, y en todas las épocas, las relaciones entre Dios y el alma individual, que no sufren modificación en lo esencial. Ningún alma de la raza caída de los hombres se ha salvado jamás, se salva o se salvará sino por el valor del sacrificio expiatorio del Calvario, que puede hacerse efectivo a quien se somete ante la justicia de Dios, depositando en él su plena confianza según la luz de la revelación que haya recibido. Así Abraham, frente a las promesas de Jehová, creyó, y su fe le fue abonada en cuenta por justicia (**Gn 15:6**). La medida de luz varía necesariamente antes y después de la Cruz, y de una dispensación a otra, pero la actitud del alma que Dios puede bendecir será siempre igual en su esencia, de modo que *“Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo”*. Por ende la fuente de toda bendición en todas las épocas es la gracia de Dios.

2) La función de la Ley en todo tiempo se determina por las enseñanzas normativas del apóstol Pablo. El gran apóstol de los gentiles fue expresamente comisionado para aclarar las grandes doctrinas de la fe cristiana en el crítico momento en que la luz se iba extendiendo entre los gentiles, y por inspiración del Espíritu Santo cumplió su cometido docente con admirable claridad y precisión, exponiendo los fundamentos de la fe en las dos cartas a los Gálatas y a los Romanos. Antes hemos señalado la norma de que *“lo oscuro ha de interpretarse a la luz de lo que está claro”*, y todos los grandes temas bíblicos hallan su definición fundamental en algunos pasajes centrales que son normativos para todas las demás referencias a las mismas doctrinas. Sobre todo en Romanos capítulos 3 al 8 y 10, (**Ga 2:14-5:1**) con (**2 Co 3**), Pablo, frente a peligrosos errores, se esfuerza por definir la naturaleza y la función de la Ley, manifestando que está puesta para dar el conocimiento del pecado, cambiando el movimiento rebelde de la voluntad del hombre caído en evidente transgresión, ya que Dios ha dado a conocer lo que exige su justicia frente al mundo pecador. Como nadie hay que la cumple, sus demandas destruyen toda suficiencia propia y señalan la gracia de Dios en Cristo como único medio para la salvación y la bendición del hombre. Frente a esta obra divina la única actitud que cabe al hombre es la de la sumisión y la fe. El régimen de la Ley es, por lo tanto, un paréntesis disciplinario, ya que un conjunto de preceptos jamás podía ser medio de dar la vida (**Ga 3:10-14,21**). Los creyentes que reciben la adopción de hijos no están bajo el sistema legal, sino bajo la gracia (**Ro 6:14-15**) (**Ro 7:4**). Las obras suyas se realizan por la potencia del Espíritu Santo que mora en ellos (**Ro 8:2-17**) (**Ga 5:17-24**). Toda cuestión subsidiaria acerca de la Ley ha de juzgarse a la luz de estas diáfanas enseñanzas.

3) El pacto concedido a Abraham es permanente, y se incorpora en el Nuevo Pacto sellado por la sangre del Cordero. En su gracia Dios se dignó confirmar las promesas que dio a Abraham en el momento de su llamamiento por medio del pacto unilateral e incondicional que se describe en detalle en Génesis capítulo 15. Este solemne pacto, dice Pablo, no pudo abrogarse por la Ley que fue dada cuatrocientos treinta años más tarde (**Ga 3:15-18**). El pueblo de Israel fracasó casi en el acto de declarar que habían de recibir y guardar la Ley (Exodo capítulos 19 al 21 con 33). Pero la Ley no dejaba de cumplir su constante función: la de poner al desnudo el pecado. Si esta experiencia de la Ley pudo durar por casi mil quinientos años, fue debido a manifestaciones contemporáneas de la gracia de Dios en: a) la validez permanente del pacto con Abraham; b) la señal del arrepentimiento de sangre en los sacrificios levíticos (y anteriores) que hablaban de la obra expiatoria de la Cruz, siempre presente al pensamiento de Dios desde la fundación del mundo. Así los justos del Antiguo Testamento se salvaban, como nosotros, por su

sumisión frente a la justicia de Dios y la fe en Dios, quien se revelaba a ellos de distintas maneras. ¿Quién duda de la salvación eterna de David, por ejemplo? Pero, ¿quién puede creer que cumplió toda la Ley? Entonces, ¿cómo se salvó? El mismo lo declara en el Salmo 32: *“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad...”*

Pablo, pues, pudo señalar una justicia que Dios otorgaba en su gracia al creyente que no dependía de la Ley, pero que fue revelada en la Ley, entendida ésta como el Pentateuco, al que tenemos que añadir los demás escritos del Antiguo Testamento: *“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley (Pentateuco) y por los profetas” (Ro 3:21).*

La Ley (y sobre todo cuando se entiende en su sentido espiritual) sigue señalando el pecado, pero su periodo de disciplina especial llegó a su fin y consumación en la Cruz, cediendo paso a la obra de gracia en Cristo. Gracias a esta obra, nos hallamos *“en Cristo”*, siendo recibidos como hijos adoptivos de Dios, con el poder de llevar el fruto del Espíritu en nuestras vidas, que es el cumplimiento de la ley espiritual **(Ro 10:3-4) (Ro 8:3-4,14-16) (Ga 4:1-7) (Ga 5:22-24) (Jn 1:17).**

4) Cristo cumplió la Ley por señalar su contenido espiritual y por agotar su sentencia como víctima expiatoria. *“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas”,* dijo el Señor, *“no he venido para abrogar, sino para cumplir” (Mt 5:17).* La manera de cumplirla había de ser muy diferente del cumplimiento externo y legal de los fariseos **(Mt 5:20)** y consistía en señalar el móvil escondido del corazón como la verdadera ofensa contra la Ley y no sólo el acto manifiesto de desobediencia, como podemos ver por los ejemplos que adelantó en **(Mt 5:21-48)**. No hay contradicción, pues, entre Mateo capítulo 5 y las enseñanzas de Pablo, pues precisamente por esta comprensión del carácter espiritual de la Ley, Pablo llegó al fin de sus pretensiones legalistas **(Ro 7:9-14)**. La Ley comprendida espiritualmente es la luz más penetrante que se enfoca en el pecado del corazón del hombre, y es totalmente opuesta a la justicia legalista de los fariseos. Frente a esta obra demoledora, no queda más que el *“cumplimiento de la Ley”* en la persona del Dios-Hombre, como leemos en **(2 Co 5:21)**: *“Al que no conoció pecado, por nosotros (Dios) lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.*

La misión de Israel

1) El llamamiento de Abraham y su simiente fue un acontecimiento de importancia primordial y eterna en el desarrollo del plan de la redención. Desde el llamamiento de Abraham, que se detalla en **(Gn 12:1-3)**, Dios utilizó preferentemente a Israel como su instrumento para adelantar el Reino, tanto por concederles una revelación progresiva de su persona, como por ser ellos el vaso para contener y transmitir la verdad, y por último el medio de traer el Mesías al mundo, de modo que *“la salvación viene de los judíos” (Jn 4:22)*. Siglos después del llamamiento, y cuando los oráculos proféticos anunciaban ya tanto el cautiverio babilónico como la dispersión universal de los judíos, Dios habla por boca de Isaías diciendo: *“Pero tú, Israel, siervo mío eres; tú, Jacob, a quien yo escogí, descendiente de Abraham mi amigo. Porque te tomé de los confines de la tierra, y de tierras lejanas te llamé, y te dije: Mi siervo eres tú; te escogí, y no te deseché. No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Is 41:8-10).*

Israel llegó al apogeo de su servicio nacional bajo la guía de Moisés y Josué primero, y durante los reinados de David y Salomón después, cuando por medio de la poderosa y victoriosa nación se extendió el conocimiento de Jehová por amplias regiones. Pero aun

en su decadencia, y hallándose bajo los juicios de Dios por su infidelidad, el pueblo siguió cumpliendo los propósitos de Dios principalmente: a) por el ministerio de los profetas, que constituye la cúspide de la revelación de Dios en el Antiguo Testamento; b) por la Dispersión y la fundación de sinagogas por multitudes de pueblos y ciudades, que fue medio de extender el conocimiento de Dios por muchos países, preparando el terreno para la predicación del Evangelio.

2) Los *“hijos de la promesa”* o *“el resto fiel”* heredan las promesas que los rebeldes perdieron por su pecado, de modo que no falta la continuidad de la nación en ningún momento (**Ro 9-11**).

3) *“Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”*, dice Pablo con obvia referencia a Israel (**Ro 11:29**), ya que *“todas las promesas de Dios (por muchas que sean) son en él Sí, y en él Amén”* (**2 Co 1:20**). Habría sido muy fácil para Pablo al tratar del problema judío en Romanos capítulos 9 a 11, indicar que las promesas especiales dadas a Israel ya habían de cumplirse místicamente en la Iglesia, si tal hubiera sido lo que Dios le había revelado, pero no lo hace. Al contrario, indica que las *“ramas desgajadas”* (**Ro 11:17-19**) del olivo del Reino (estas ramas son Israel en el periodo de su rechazamiento) tendrán que ser injertadas de nuevo en su propio olivo, y entonces todo Israel será salvo.

4) Grandes secciones de los oráculos proféticos se dedican al tema del recogimiento universal de los dispersos de Israel y su bendición final en su tierra. El tema no es ocasional en los profetas, sino el punto culminante de todos sus mensajes. Tenemos que estudiar estos numerosos pasajes según las normas exegéticas que hemos considerado, dándoles el sentido normal en que los entendían tanto los mensajeros inspirados como su auditorio. Nada ni nadie nos autoriza a espiritualizarlos (tarea hartó difícil) aplicándolos a la Iglesia. Esta obra de restauración a favor de su pueblo la hará Jehová, no por el mérito de ellos, sino por su gran nombre, en el cumplimiento de sus promesas y pactos (**Ez 36:22-32**).

5) Las bendiciones espirituales que se incluyen en la promesa a Abraham pertenecen al acervo común que se pone a la disposición de toda alma que participa del espíritu de fe que distinguía al patriarca. Y el creyente llega a ser en este sentido su hijo, fuese judío o gentil (**Ga 3:29**). Pero este hecho no anula las profecías específicas de bendición que se concedieron a Israel según el apartado 4, y no abroga la misión que le es encomendada según los apartados 1 a 3.

6) La Iglesia no se llama Israel en el Nuevo Testamento, ni siquiera en (**Ga 6:16**), donde el *“Israel de Dios”* se distingue de los cristianos que andan según la regla de fe que Pablo había señalado a los gálatas. Es natural e inevitable que los autores inspirados del Nuevo Testamento, empapados como estaban de los escritos del Antiguo Testamento, expresaran verdades que atañían a la Iglesia por medio de metáforas, símiles y símbolos sacados de la vida de Israel, como lo hace Pedro en su primera epístola. Pero este hecho literario no nos autoriza para decir que la Iglesia ha heredado todas las promesas específicas de Israel, que fueron confirmadas a aquella nación por el pacto inquebrantable de Dios, al que añadió su juramento. Israel mantiene su propio carácter y fisonomía como un hecho histórico, reconocido por Pablo en (**1 Co 10:32**): *“No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios”*.

7) Dios es Padre de muchas familias, y sus obras se caracterizan siempre por una gran diversidad dentro de la unidad de su propósito eterno. *“Por esta causa”*, escribe Pablo, *“doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia (grupo paterno) en los cielos y en la tierra”* (**Ef 3:14-15**). Hay algo superficial y elemental en el pensamiento de que Dios, después de la Cruz, sólo puede tratar a los hombres como miembros de la Iglesia, ordenando que la Nueva Creación sea de una

homogeneidad monolítica. Ha de reunir todas las cosas en Cristo (**Ef 1:10**), pero no dice que ha de reunir las todas en la Iglesia. Es verdad que dentro de la Iglesia no hay pared alguna intermedia entre el judío por nacimiento y el gentil (**Ef 2:11-22**). Pero también es verdad que existen variadas jerarquías y órdenes tanto en los lugares celestiales como en la tierra, en este siglo y en el venidero, entre los cuales se destaca la Iglesia como “cuerpo” y “esposa” de Cristo (**Ef 1:21-23**). Hay “esposo”, “esposa” y “amigos del esposo” (**Jn 3:29**). Y aun después de que Dios haya hecho nuevas todas las cosas, habrá tanto “tierra” como “cielo”, tanto “naciones” como “ciudad”.

La milagrosa conservación de la raza de Israel, y su actual renacimiento como nación en su tierra, debieran bastar para hacernos meditar de nuevo las Escrituras antes de llegar precipitadamente a la conclusión de que la Cruz y la formación de la Iglesia hayan hecho imposible una misión específica y peculiar para Israel en el porvenir.

8) Es peligrosa la presuposición de que Dios no puede cumplir sus promesas a Israel según el claro sentido de las profecías. Si nos parece difícil ver cómo Dios ha de conceder bendiciones terrenales después de la Cruz y la resurrección, tenemos que tener la humildad suficiente para dejarle a él determinar el cómo, al par que recibimos con sencillez de espíritu las claras declaraciones de la Palabra. Toda bendición ha manado siempre de la Cruz, no sólo ahora, sino antes de la manifestación del Mesías. Toda obra de gracia se lleva a cabo dentro de los amplios contornos del Reino y en la potencia de la Nueva Creación, pero no necesariamente dentro de la Iglesia: pueblo espiritual que se sienta con Cristo en lugares celestiales, bien que, en esta dispensación, es su testimonio el que ilumina a los hombres en la medida en que extiende la Palabra de vida.

Las citas del Antiguo Testamento en el Nuevo

1) La abundancia de citas del Antiguo Testamento en el Nuevo es una demostración palmaria de la unidad esencial de los dos Testamentos.

2) Muchas de las citas tienen valor probatorio, manifestando a los judíos que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios.

3) La mayor parte de estas citas se toman de la versión griega del Antiguo Testamento llamada la “Alejandrina” o la “Septuaginta”. Este hecho explica en muchos casos las diferencias verbales que se notan entre ellas y el texto de nuestras versiones, hechas sobre el hebreo de los Masoretas.

4) Los inspirados autores del Nuevo Testamento pueden citar pasajes del Antiguo Testamento para iluminar o prestar autoridad a verdades de la nueva dispensación, sin estar sujetos siempre a la mera expresión verbal del texto original. A menudo toman el sentido general de unos versículos, adaptándolo a la nueva situación por la guía del Espíritu Santo.

5) A veces perciben en alguna profecía del Antiguo Testamento un principio que vuelve a surgir en la nueva situación que comentan, y que aplican a ella. Pero en este caso su aplicación no anula el sentido completo del pasaje original, que habrá de determinarse por las normas exegéticas que hemos considerado.

La mayoría de las citas no presentan dificultades de interpretación, pero adelantamos algunos ejemplos de casos que se incluyen en los apartados 3 y 4 arriba, pues éstos son los que necesitan explicación.

Ejemplo 1. (**1 Co 2:9-10**), citado de (**Is 64:1-5**).

Examinando el contexto de la cita, vemos que Pablo discurre sobre la “*sabiduría oculta*” (1 Co 2:7) que Dios revela a los espirituales, al par que la esconde de los sabios de este siglo, versando esta “*sabiduría*” sobre lo que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria. En relación con todo ello le viene a la memoria las expresiones de (Is 64:4) y procede a aplicarlas a las maravillas de la nueva creación (actual) que Dios ha preparado para aquellos que le aman.

Al volver al Antiguo Testamento para examinar el versículo original en (Is 64:4), se comprende por la consideración de su contexto que el profeta en vista de los pecados que hacían fracasar el testimonio de Israel, anhela el momento cuando Jehová ha de rasgar el velo que esconde ahora su majestad para intervenir poderosamente en los asuntos de la tierra, tema muy tratado en las profecías. Aquella manifestación traerá a quien espera a Dios cosas maravillosas, que antes se desconocían: *“Porque nunca jamás oyeron los hombres, ni con los oídos percibieron, ni ojo de nadie ha visto, fuera de ti, oh Dios, las cosas que hará Dios por aquel que le espera”*.

El Dios que prepara maravillas inconcebibles para los fieles de Israel en el día de la manifestación de Cristo en gloria, es el mismo Dios que nos ha introducido en una esfera de bendiciones en la Iglesia ahora, al revelarnos sus “*misterios*”. La coincidencia no se halla en el momento histórico de la revelación, sino en la gracia de Dios, el único que puede descubrir sus tesoros escondidos, sea a su pueblo de Israel en un día futuro, sea a su Iglesia ahora. La aplicación no anula el claro sentido de la profecía original.

Ejemplo 2. (Hch 2:15-21), citado de (Jl 2:28-32).

Después del derramamiento del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés, Pedro introdujo su discurso ante la multitud, rechazando la crítica de que los discípulos alababan a Dios en lenguas porque estaban borrachos. Sigue diciendo: *“Esto es lo que fue dicho por el profeta Joel”*, pasando a citar extensamente el pasaje señalado. Si examinamos el contexto de la profecía original, notamos que Joel acaba de profetizar abundantes bendiciones para Israel después de una derrota que Dios mismo ha de infligir en sus enemigos (Jl 2:18-27). Sigue diciendo: *“Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne...”*. Joel habla evidentemente de un hecho universal que acompañará las bendiciones finales del pueblo de Israel. Pedro aplica las palabras al descenso del Espíritu sobre los hermanos que constituían las primicias de la Iglesia: hecho que distaba mucho de ser universal ni entonces ni después. Pero en un sentido los “*postreros días*” se inauguraron por la resurrección, y después de finalizarse, a la vista de Dios, el antiguo orden en la Cruz. Pedro ve en el notable fenómeno de Pentecostés las primicias del gran derramamiento del Espíritu en una consumación aún futura, de modo que la frase *“Mas esto es lo dicho por el profeta Joel”* tiene referencia al hecho central, ya que hombres y mujeres en la tierra habían de ser llenos del Espíritu y profetizar. Esta aplicación no anula en manera alguna la profecía original, que aún tiene que cumplirse. Sólo por hacer violencia a los hechos —proceso indigno del exégeta— se puede hacer ver que las notables señales de (Hch 2:19-20) se manifestaron alrededor del Día de Pentecostés.

Ejemplo 3. (Hch 15:15-18), citado de (Am 9:11-12).

En el llamado “Consejo de Jerusalén” que se describe en el capítulo 11 de los Hechos se trató la cuestión de la admisión de los gentiles en la Iglesia. ¿Tenían que circuncidarse y pasar al redil de Israel antes de llegar a la Iglesia? ¿O podrían entrar en igualdad de condiciones con los judíos, pasando desde la gentilidad, por la fe en Cristo, directamente a la Iglesia? Pedro recordó sus experiencias en la casa de Cornelio para sacar la consecuencia de que no procedía ponerles bajo el yugo de la Ley. Pablo y Bernabé contaron lo que Dios en efecto había hecho entre los gentiles durante su primer viaje de evangelización. Jacobo, quien al parecer presidía la reunión, notó que Pedro había

señalado el propósito de Dios: el de sacar de entre los gentiles un pueblo para su Nombre (**Hch 15:14**). Acto seguido dice: *“Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído... Para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre”*.

Las diferencias verbales entre el original y la cita son considerables, debidas en su mayor parte al uso de la Versión Alejandrina. Si examinamos el contexto de (**Am 9:11-12**), veremos que el profeta anuncia el juicio de Dios sobre los pecadores de Israel (**Am 9:7-9**) y predice que la nación había de ser zarandeada entre todas las naciones. Pero con todo, ni un granó del verdadero trigo había de perderse: Por lo que se entiende la continuidad del resto fiel. Sigue diciendo: *“En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David, y cerraré sus portillos y levantaré sus ruinas... para que aquellos sobre los cuales es invocado mi nombre posean el resto de Edom, y a todas las naciones, dice Jehová que hace esto”*. A continuación Amós describe las bendiciones de Israel, ya restaurado plenamente en su tierra.

Como en el caso de Hechos capítulo 2, hemos de fijarnos en el punto central que Jacobo quiere subrayar: Dios tenía propósito de bendición para los gentiles y no sólo para los judíos, y la obra universal del tiempo del fin se anticipa en la época de la Iglesia durante la cual Dios saca de entre los gentiles un pueblo para su nombre. Jacobo no dice que el nuevo fenómeno es el cumplimiento de (**Am 9:11-12**), sino que concuerda con el propósito general.

En el pasaje original, el levantamiento del tabernáculo de David sólo puede significar la restauración de la dinastía de David para reinar sobre un pueblo unido en la tierra, y esto después de que los israelitas hayan sido “zarandeados” entre las naciones por un tiempo indefinido, anteriormente a la plena restauración y bendición de los fieles.

Ejercicio

- I. Comente la importancia de versículos como (**2 Ti 1:9-10**) para la comprensión de las relaciones entre el Antiguo Testamento y el Nuevo.

Palabra final

Quizá a alguno la exégesis, a pesar de nuestros intentos de simplificar el proceso, le parecerá tan difícil que se sentirá inclinado después de todo a dejarlo para los doctores. Pero el amante de la Palabra no ha de desanimarse. Al fin de cuentas, no dejará de ser más fácil leer las Escrituras, adelantando siempre en una comprensión más exacta de ellas, que mirarlas por toda la vida a través de lentes oscurecidos por confusiones y dudas. El hecho de que escriturarios de buena fe a veces llegan a conclusiones diferentes sobre ciertos temas no debe desanimar tampoco al estudiante, pues en las doctrinas fundamentales, la cristología y soteriología, todos los “sanos” están de acuerdo. Al principio el estudiante tendrá que dejar bastantes asuntos en reserva, mientras sigue acumulando conocimientos más amplios del texto bíblico. Pero siempre, y desde el principio, hallará maravillosos tesoros al escudriñar ordenadamente las Escrituras, y dará gloria a Dios por las revelaciones que recibe. Al mismo tiempo enriquecerá su propia alma, y según va aprendiendo en la escuela del Maestro, podrá ministrar la Palabra en privado y en público con creciente autoridad y poder, si tal es la vocación que ha recibido del Maestro.

Es evidente que la Hermenéutica no constituye un atajo que ahorra trabajo y esfuerzo al estudiante perezoso. Muy al contrario, sólo es de utilidad para el alma diligente que está dispuesta a trabajar su finca, no ya de una forma casual y desordenada, sino con la destreza y la eficacia de quien sabe manejar bien sus herramientas.

En nuestros tiempos confusos, cuando el ritmo de la vida se acelera peligrosamente, aun dentro de la esfera de la profesión cristiana, la gran necesidad de la Iglesia es que surjan hombres y mujeres equipados para toda buena obra por medio de los conocimientos y de la divina sabiduría que han aprendido al escuchar la voz de Dios en el santuario. Los cristianos —y los hombres en general— están hambrientos de los manjares espirituales que tales siervos de Dios podrían llevarles en sabios consejos, en la edificación de los santos y en el anuncio pleno del Evangelio.

Si esta pequeña obra puede servir para que algunos fieles hermanos lleguen a aprender a echar mano sobre aquel propósito que tuvo su Señor al echar mano sobre ellos (**Fil 3:12**), daremos por muy bien empleadas las horas que se han invertido en su preparación.

Copyright ©. Texto de Ernesto Trenchard usado con permiso del dueño legal del copyright, Centro Evangélico de Formación Bíblica en Madrid, exclusivamente para seguir los cursos de la Escuela Bíblica (<https://www.escuelabiblica.com>).